

espiritualismo, del sentimiento, de la fe, de la piedad sensitiva. Yo he interrogado uno por uno á todos los que en Francia creen en algo raro, y de sus respuestas he hecho un libro de historia contemporánea, *Las Religions de Paris*, que puede servir, á los sedientos de verdad, como un guía seguro para no caer entre las garras de los Paladistas. . . . Los Paladistas, ya usted lo sabe, son los adoradores de Lucifer, los fervientes de un catolicismo á la inversa, los maniqueos de nuestra época, los que adoran al diablo sin creer en Dios. . . . Huysmans los considera como á poseídos que disponen de fuerzas infernales á las que deben necesariamente obedecer aunque no lo quieran. No así el Satanismo. Los satanistas conocen á Dios y saben que Lucifer es el espíritu del mal; pero á pesar de todo adoran á Lucifer. . . . ¿Por qué? Á veces por necesidad, por obtener algo de él, como Fausto; otras veces por rencor contra el Muy Alto que no ha querido darles la dicha terrestre; otras veces, las más, por instinto enfermizo, por deseo de sentir escalofríos nuevos, por amor perverso de lo raro, por histerismo, en fin. En Europa las capillas satánicas están, sobre todo, pobladas de mujeres.

—Pero ¿y cree usted, verdaderamente, que las capillas son varias y que existen fuera de París?

—Estoy seguro de ello. En Roma, en Londres, en Berlín, en América misma, hay más de un santuario diabólico. Lo que el autor de *La Bas* cuenta en el prólogo de mi obra sobre *El Satanismo y la Magia* es escrupulosamente exacto. Vintrás existió; el canónigo de Ocre también existió. Ni Huysmans, ni Thierry, ni yo, hemos inventado nunca cosa alguna que se refiera á los modernos cultos diabólicos y á la magia contemporánea. La misa negra se celebra todas las semanas en el mundo entero, lo mismo que el sabat. . . . ¿Sabe usted lo que es el sabat? Pues sencillamente una comida en la cual los postres están cubiertos de polvos de cantárida y á la cual concurren los sacerdotes sacrilegos y las mujeres desequilibradas; al fin de la comida ya usted supone. . . . En el fondo, el satanismo es menos terrible y menos complicado de lo que la gente se figura, y si no fuese porque algunos fanáticos del culto roban hostias consagradas en las iglesias y porque de vez en cuando un creyente loco asesina á un niño para llenar de sangre fresca los cálices malditos, todo se reduciría á escenas de bacanal y á ceremonias de francmasonería. Yo no soy sino el historiador de esas sectas; mi verdadera religión podría llamarse la religión del sufrimiento y de la piedad:—sufrimiento del alma y piedad sentimental.

En Jules Bois, como en casi todos los artistas actuales de Francia, lo sentimental y lo psicológico no va nunca sin una gran parte de rareza. Entre sus novelas cortas hay una que podría llamarse la *Suprema Desilusión*, y en la cual el historiador austero del satanismo nos ha indicado de modo gráfico lo que para los devotos de su religión es la gran piedad.

Un hombre, un parisiense, un piadoso moderno, se había propuesto no hacer conocer los goces del amor sino á una mujer muy fea, á una «sin esperanza,» á la que más repugnante pareciese á los demás mortales. Así, su sacrificio sería fútil y haría florecer en el fondo marchito de una alma condenada á la castidad, las flores maravillosas del placer. Buscando á la fea pasó cinco años. Todas las feas le parecían hermosas comparadas con lo que él deseaba. Al fin, una noche, al salir de un baile, creyó hallar su ideal definitivo en una mujer cuyo rostro habría parecido espantoso al mismo Goya. Un mes después estaba casado con ella; estaba contento, estaba satisfecho. Pero su placer duró poco, pues la noche de novios, cuando los grandes velos blancos desaparecieron, el gran piadoso vió, espantado y desesperado, que el horrible rostro de su mujer reposaba en un cuerpo de diosa, en un cuerpo de líneas perfectas, en un cuerpo hecho para las caricias y los besos.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

CATONIANA

Á DANIEL Y CARLOS MARTÍNEZ VIGIL,
Varones de virtud.

Triste generación nos ha tocado;
Época de cobardes transgresiones.
Nuestro cielo inmortal se halla nublado;
El culto de lo heroico profanado;
Sin fe en el porvenir los corazones!

Como la voz de Pedro el Ermitaño
Hace falta una voz que nos aliente;
Que al triste pueblo, ya al deber extraño,
Le desate la venda del engaño
Y le señale la fatal pendiente.

En esta edad servil y traficante,
Hija del desaliento y la mentira,
En que el deber se muestra vacilante,
Hace falta una voz que nos levante
Y hace falta el azote de su ira!

Se ha extinguido la raza luchadora,
La raza de los héroes legendarios,
Cuya sangre viril formó una aurora;
Enmudece la voz de nuestro ahora.
¡Desiertos han quedado los santuarios!

Primero, colosales paladines
Animados de bélicos deseos;
Después, tiranos, flores y festines;
Más tarde, bajas turpitudes ruines,
Y al fin, tan sólo, míseros pigmeos!

Son estas nuestras páginas! Primero
Las ansias infinitas de la gloria;
Después el odio fraternal artero
Y los reflejos del vivaz guerrero,
Y en pos escombros, corrupción, escoria!

¿Y puedes, vil generación presente,
Resignarte á tan mísero destino,
Sin que cruce sombrío por tu mente
Un relámpago lívido y ardiente
Que rasgue las tinieblas del camino?

En esta edad servil y traficante,
Hija del desaliento y la mentira,
En que el deber se muestra vacilante,
Hace falta una voz que nos levante
Y hace falta el azote de su ira!

VICTOR ARREGUINE.

DE RIVAS GROOT

Con la promesa de una colaboración frecuente, hemos recibido del distinguido poeta colombiano Rivas Groot la siguiente composición destinada á la REVISTA NACIONAL.

LUZ DEL SIGLO

Á Antonio Gómez Restrepo.

I

El alma en otros siglos, en horas de martirios
Y ansiosa fe, buscaba las viejas catedrales;
Y al par las mariposas, en noches invernales,
Junto al altar buscaban la lumbre de los cirios.

Y extendidas las alas en inefable calma,
Hallaban, entre ambiente de nardos y de lirios,
Calor la mariposa, y amor y paz el alma.

II

En torno al foco eléctrico, que la pupila ofusca
Con luz glacial y vívida, gira hoy la mariposa;
Vuela y revuela, y luego, cansada ya, se posa
Sobre el carbón, y un rayo que la caliente busca.

Mas ¡ay! apenas para junto á la chispa el vuelo,
Al choque de la chispa las alas se chamusca,
Y ya sin alas, rueda, temblando, por el suelo.

El alma en nuestro siglo en torno de la «Idea»
—Desiertos y los templos, mudo el antiguo ruego—
Bate las alas tristes, y ansiando sacro fuego,
Entre esplendor de ciencia tenaz revolotea.

¡Vana ansiedad! La lumbre de la razón es fría...
Caen rotas las alas de la ilusión, y luego
El alma, herida y yerta, se arrastra en la agonía.

JOSÉ RIVAS GROOT.

VERSOS DEL DOCTOR VALDERRAMA

Nuestro compañero de redacción, Carlos Martínez Vigil, ha sido favorecido por nuestro distinguido colaborador el celebrado poeta chileno doctor Adolfo Valderrama con un magnífico retrato, en cuyo reverso se leen los versos que á continuación reproducimos, y en los que se pone de relieve el alto concepto en que es tenido nuestro co-Redactor por una de las personalidades literarias más conspicuas de la gran república transandina.

Visita

Adolfo, toma el vapor
y llega á Montevideo,
donde hallará tu deseo
á un eminente escritor.

Distinguirásle entre mil,
que es literato de fama,
y ya sabes que se llama
Carlos Martínez Vigil.

Avanza, llámale hermano,
abrázale cordialmente
y luego dile que cuente
con quien le estrecha la mano.

ADOLFO VALDERRAMA.

ESTUDIOS LITERARIOS

Edmundo y Julio de Goncourt

[Conclusión]

IV

LA OBRA

§ 7.

El día martes 5 de diciembre del año 1865 estrenóse en la Comedia Francesa el drama en tres actos y en prosa de los Goncourt *Henriqueta Maréchal*. El asunto de la obra puede contarse con muy pocas palabras: es un caso de adulterio, tal como pudo ponerlo cien veces en la escena Alejandro Dumas (hijo).

El primer acto, que es todo un dechado de originalidad, elegancia y *esprit*, se desarrolla en el teatro de la Ópera, en una noche de carnaval, entre esa multitud abigarrada de dominós, japonesas, *pierrrots*, de cintas, taltos y vestidos multicolores, entre los gritos y bromas, carcajadas y pasiones de las provocadoras mascaritas y los alegres *débardeurs* que se rozan, cruzan, entremezclan bajo la luz centelleante de los mecheros y en una atmósfera cargada de perfumes excitantes y de las notas jugueteras y rientes de una orquesta desenfrenada. En un instante de reposo, entre dos piezas de baile, una mujer vestida con un dominó negro sale de un palco, y un joven, que pisa por vez primera aquella fiesta de placer y de locura y cuyo corazón juvenil y entusiasta arde en llamaradas ante la sola aparición de una mujer, se le aproxima para invitarla á cenar. Rechazado por un gesto, que le indica bien á las claras que *su conquistista* no es una interesada *cocote*, y sintiéndose más fuertemente atraído hacia aquella mujer encubierta, el joven balbucea una declaración de amor que lleva todas las notas y armonías de su corazón preñado de lirismo y sediento de los dulcísimos misterios de una pasión vibrante y correspondida. Entre tanto, otro personaje, que se cruza ante su paso, medio ebrio, arroja á la faz de aquella mujer algunas palabras que la ponen en fuga. Pablo de Bréville detiene al insultador y al día siguiente se batan.

En el segundo acto, Pablo, que ha sido herido en el duelo, pero ya casi restablecido, encuéntrase en una casa desconocida. Deseando manifestar su agradecimiento á los huéspedes que le han recogido y tratado con tan fina atención, va á despedirse de

Mme Maréchal, cuando un indicio fútil le hace notar que aquella es, precisamente, la mujer por la cual se ha batido. El instante es supremo y decisivo, y en un segundo, todos los sentimientos de aquel joven pasional y arrebatado brotan impetuosamente y van á sacudir todas á una las fibras más recónditas de aquella alma de mujer que, mal satisfecha hasta ahora del amor, romántica de corazón, virgen también de las celestes idealidades del deseo frenético y no encontrado, siente escapársele con sus cuarenta años la vida de su sexo y sus tesoros queridos de placer. La honradez de la mujer resiste, sin embargo, aquel torrente de cariño, y entonces Pablo, cuya herida vuelve á abrirse en aquel arrebatado, se desvanece sobre un sofá. Mme Maréchal, fuera de sí misma, loca, sintiéndose subyugada por todas esas circunstancias, cede al fin, y, sobre la pálida frente de su joven paladín, deposita un beso. . . .

En el último acto de la obra, el adulterio se ha consumado, y todo el mundo lo sospecha, excepto el marido. La misma hija de Mme Maréchal, la pobre Henriqueta, ha descubierto el terrible secreto, — ¡ella, que se había enamorado secretamente del joven herido recogido en su casa!—Y aquí llega, al cabo, el terrible momento dramático: el marido, una noche, ve entrar furtivamente un hombre en su casa, y una sospecha terrible, que confirman los vagos indicios que desde hace algún tiempo fluctuaban á su alrededor, le arrastra hasta la habitación de su esposa. Fuerza la puerta y su mano armada se extiende, en medio de la obscuridad, hacia una forma blanca que se levanta ante él. Es Henriqueta. Y al caer, herida traídonamente por aquel tiro, todavía tiene una frase de sacrificio, una mentira querida y santa para salvar el honor de su madre: «¡Era mi amante! ¡el mío!»

Tal es *Henriqueta Maréchal*, un drama lleno de detalles afluigranados y de sensaciones artísticas agudísimas; una obra de *esprit*, coquetona, vibrante y que en medio de su sencillez resulta altamente dramática y conmovedora; una pintura, en fin, delicada y deslumbrante que revela á la legua en sus autores, más que conscientes y efectistas trabajadores de *vaudevilles*, á la Scribe, ó mejor aún, á la Sardou, unos espíritus sutiles y finos, llenos de exquisiteces y refinamientos, unos temperamentos enamorados de las esplendideces del medio y de la forma bien atendida y artística.

Y sin embargo, *Henriqueta Maréchal*, fué silbada, silbada estruendosamente, con furia inaudita, con verdadero rencor, sin compasión ni tregua. Durante las cinco primeras representaciones, el teatro de la Comedia Francesa, al decir de un gentil y elegante escritor, parecía lleno de mirlos. Los silbidos cubrían las voces de los actores y sonaban con ahogos de vendaval en aquel ambiente en que aún vaga el espíritu de Molière. ¿Por qué esa batalla feroz, ese odio estruendoso, esa silba frenética contra dos artistas modestos y trabajadores, que desde la obscuridad de su gabinete de estudio luchaban tan afanosamente y por tan largo tiempo en la conquista de un mísero nombre literario? La historia de la obra,

narrada por los mismos autores de ella en el prefacio, basta á explicárnoslo.

Ya hemos narrado, al principio de este capítulo, el *début* literario de los hermanos Goncourt. Inconscientemente, sin saber cómo, se encontraron un día frente á su mesa de trabajo, á la caída de la noche, escribiendo un vaudeville con un pincele mojado en tinta china. La pieza, rotulada *Sans titre*, tuvo muy corta vida y fué relegada al olvido por sus mismos autores cuando, leyéndosela un día á un amigo, éste les hizo notar que el principio de ella era el mismo que el de *Le bourreau des crânes*, un vaudeville ya representado en el teatro Variedades. Igual suerte sufrió otra obra en tres actos, *Abou Hassan*, después de ser rechazado en el Palais-Royal.—*Étienne Marcel*, drama en cinco actos y en verso, escrito por Julio, también fué olvidado, como lo fueron igualmente la revista proverbio *Tête-à-tête*, según el corte de *Il faut qu'une porte soit ouverte ou fermée*, rechazada por Mme Allan después de haber sido aceptada por ella misma y el Comité del Teatro Francés *Maniselle Zisabelle*, acto escrito según la manera de los antiguos bufos italianos, una pequeña pieza extraviada en el Teatro Francés y que se llamaba *Incrovables* ó *Merveilleuses*, ó tal vez *Retour à Ithaque*, y otra, *La nuit de la Saint-Sylvestre*, que sufrió igual suerte.

Perdidas inútilmente todas estas tentativas, los hermanos Goncourt abandonaron la senda emprendida hasta que en el mes diciembre de 1863 terminaron otro trabajo dramático; era *Henriqueta Maréchal*, que entonces se llamaba sencillamente *Henriette*. El drama fué llevado al director del Vaudeville, M. de Beaufort, quien le rechazó y tan repetidos desdenes y fracasos, los autores lo olvidaron.

Un día, sin embargo, M. de Girardin leyó el *Supplice d'une femme* en uno de los lunes de la princesa Matilde. En aquel salón aristocrático reuníanse todas las más grandes celebridades, artísticas y científicas, de la época: Renan y Gautier, Claudio Bernard y Taine, Banville y Berthelot, Flaubert y Bertrand, Dumas hijo y Pablo de Saint-Victor. Era, también, el único centro de reunión; el único salón donde se cambiaban ideas con libertad y sin ambages; el paraje donde se confundían los hombres más separados en política. Y en ese salón, M. Lockroy leyó el manuscrito de *Henriqueta Maréchal* en nombre de sus autores. Teodoro de Banville, que se había entusiasmado con la obra, habló de ella al día siguiente en el foyer de los artistas de la Comedia Francesa. M. Ed. Thierry quiso conocer la obra y así lo solicitó por carta á los autores. Estos entonces retiraron el manuscrito del Vaudeville y se lo remitieron. Thierry quedó encantado con la lectura, y pese á la opinión de los mismos autores que juzgaban no era obra para su teatro, insistió en que amablemente que le fué entregada. Distribuyéronse los papeles á los actores, y después de un fútil inconveniente puesto y alegado por Delaunay, que pretextaba ser muy viejo para el rol de Pablo de Bréville, empezaron los ensayos. Mme Arnould-Ple-

ssy, hacía de M^{me} Maréchal, M^{me} Victoria-Lafontaine, de Enriquetta, M. Delaunay, de Pablo de Bráville y M. Got, de Pedro de Bréville.

Conviene hacer notar que, sin anuencia de los autores, la princesa Matilde, encantada con la obra que se había leído en sus salones, hizo por que la censura no mutilara el manuscrito. Todo marchó así perfectamente, y el 5 de diciembre de 1865 la obra subió a la escena por primera vez.

Pero, antes de la representación, el Barrio Latino y todos los enemigos de la monarquía empezaron a observar una extraña conducta. Atribuíase la aceptación de la obra a la princesa Matilde, y los politiqueros aprovecharon la oportunidad para empezar a armar ruido. La prensa misma tomó activamente su parte en la campaña y se desató contra los bonapartistas que maniataban la censura. ¡Extraña lógica de esta conducta! ¡Los mismos que día a día atacaban la censura como una violación a la libertad de pensamiento, ahora la defendían sin tregua ni descanso!

Los Goncourt, ajenos como eran a toda cuestión política, no comprendían por qué ese odio contra su obra. Y entre tanto, la lucha se preparaba con ardor. En la Facultad de Derecho, se puso este aviso: «Se invita a los señores estudiantes de derecho para que concurren al Teatro Francés el lunes por la noche para silbar la nueva obra *Enriquetta Maréchal*. Es necesario que el telón caiga desde el primer acto.

11 de diciembre, 1865.

Firmado: *Pipe-en-bois*.

Había, pues, prevención contra el drama y desde el primer momento pudo notarse que él estaba sentenciado a muerte. Y cuando un máscara lanzó la famosa frase de desprecio: «Abonné de la *Revue des Deux Mondes*,» el huracán se desencadenó con furia inaudita. Los silbidos, los gritos, las protestas, con crujiidos de vendaval, ahogaban la voz de los actores, y el telón cayó sobre el primer acto en medio de su estruendo. Desde entonces, la batalla continuó sin relapso: en los entreactos se mataba el tiempo cantando a coro y a voz en cuello, aires callejeros, cancioncillas a la moda, y durante la representación volvían a resonar los gritos, carcajadas y silbidos con aires de Fronda. Del segundo acto no se oyó una palabra, y en el tercero en vano los distinguidos artistas cuidaron con amor de la ejecución, pues el ruido formidable continuaba siempre, acrecido por las protestas del público de buena fe que quería escuchar la obra. Y al final, cuando Got vino al proscenio para nombrar a los autores de la obra, fué tal el clamoreo que se levantó para prohibirle que lo hiciera, que el célebre actor estuvo más de diez minutos parado frente a la batería de gas esperando un segundo de tregua para hacerlo.

En las sucesivas representaciones, la batalla continuó terca y apasionada. Ahora, aparte de la pasión política, venía a unirse la pasión literaria. Todos los románticos iban al teatro a luchar contra aquellos autores que militaban en las filas del naturalismo y así la agitación y el desorden llegó

a su colmo en la cuarta representación del drama. Al día siguiente, *Henriette Maréchal* empezó a vender en librería, y al mismo tiempo, salió a luz un folleto titulado *Ce que je pense d'Henriette Maréchal, de sa préface et du théâtre de mon temps*, por Pipe-en-bois.

Pipe-en-bois,—pseudónimo bajo el cual se ocultó Yveling Rambaud,—y que hoy, arrepentido, es uno de los más decididos admiradores de los Goncourt, atacaba sin compasión a la obra y a los autores, y vino a recrudescer más y más la lucha. Entonces, los periódicos siguieron la guerra y artículos y más artículos suscritos algunos por Henri de Pène y Etienne Arago, llovieron sobre los autores, sin contar, por supuesto, las caricaturas y dibujos.

Pero en medio a estos torpes odios y bajos apasionamientos, los hombres de conciencia, las firmas más célebres y todo el público sensato, se levantaron para formular su protesta. Julio Vallés, Teófilo Gautier, Catulo Méndes, Pablo de Saint-Victor, Julio Janin, etc., dedicaban elogiosos artículos a *Henriette Maréchal*, y luego iban al teatro a defender la obra contra los que la silbaban. Es hermosa y a par enternecedora esta anécdota que nos narra Delzant: «En esta quinta y penúltima representación de *Enriquetta Maréchal*, se destacaba, al frente de un palco, y aplaudiendo frenéticamente un joven de tibia palidez, con un casco de cabellos negros cuyas ondas rebeldes caían sobre la sombra de su rostro, el monóculo incrustado sobre un ojo ardiente, femininamente nervioso y que, en la sala, todo el mundo parecía conocer y amar. Una señorita, admirada y atraída por su actitud y su rareza, preguntó a su madre el nombre de aquel entusiasta. M^{me} Alfonso Daudet veía, por primera vez, a su futuro marido combatiendo por su futuro amigo Edmundo de Goncourt.» (1)

Después de la terrible batalla de *Henriette Maréchal*, más apasionada é injusta que la de *Hernani*, los hermanos Goncourt se sintieron desalentados; y heridos en el alma, sin acabar de comprender aquel odio, fueron a distraer sus nervios al Havre. A su vuelta, escribieron *La Patrie en danger* (cuyo título primitivo fué *Mademoiselle de la Rochedragon*) que el comité del Teatro Francés rechazó de plano. Todo esto, y el fracaso de *Madame Gervaisais*, fué minando el organismo de Julio hasta arrastrarle a la tumba.

Rodó aún el tiempo, y diez y ocho años más tarde de aquel estruendoso fracaso de *Henriette Maréchal*, cuando ya no existía el hermano menor, el drama volvió a subir a la escena. Apagados los odios, con el sentimiento, por parte del público, de que se debía una reparación a los autores, la obra fué escuchada en medio de un silencio religioso, y al final, en este juicio de apelación, la salva de aplausos y de simpatías con que el público saludó al sobreviviente, debe haber llegado hasta rumorear en torno del espíritu del pobre hermano muerto con los ecos de la justicia y de la gloria.

(1) Alidór Delzant, *Les Goncourt*.

Hecha ya la historia de *Henriette Maréchal* y narrada así la injusta causa de su fracaso, tócanos examinar la obra desde el punto de vista puramente literario.

¿Qué rol juega el *Théâtre* de los Goncourt en el concierto de sus obras? A esta primera cuestión, cabe responder que es algo así como una nota de excepción a las ideas fundamentales de su *Novela*. El naturalismo ha sido aquí puesto de lado, y una teoría original y que dice muy bien relación con el temperamento de estos artistas que vengo estudiando, le sustituye. ¿Y cuál es esa teoría y en qué medida la aceptaremos?

Vamos a traducir algunos párrafos del prefacio del volumen intitolado *Théâtre* que importan toda una profesión de fe.

«Tan poco entrevemos nosotros el teatro de la realidad que, en la serie de piezas que deseamos hacer, buscamos nuestro teatro en las bufonías satíricas y en las fantasmagorías exclusivamente. Soñamos con una serie de largas y violentas comedias, semejantes a esas *aguadas* de los maestros, escritas según el molde aristofanesco, que fustiguen toda una sociedad con un espíritu descendiente de Beaumarchais y hablándose en ellas un lenguaje alado, un *idioma literario hablado* que yo noto falta a los mejores de la hora presente: comedias, en fin, donde una miope Talía no estuviera cantonada para mirar con una lente un escondrijo.... Pero, lo que sobre todo nos parecía tentador para ser trastornado, renovado en el teatro era la fantasmagoría, ese dominio de la fantasía, ese cuadro de todas las imaginaciones, ese trampolín para lanzarse a la idealidad! ¿Y puede imaginarse lo que podría ser una escena barrida de la prosa de la calle y de las concepciones de los dramaturgos de circo, y entregada a un verdadero poeta al servicio de la poesía del cual se pondrían los maquinistas, los trucos y todos los esplendores y todas las magias de la *mise-en-scène* y de la guardarrópa de una Grand Opéra?... No soy, pues, un realista en el teatro, y, sobre este punto, estoy en completo desacuerdo con mi amigo Zola y sus jóvenes adeptos. Y, sin embargo, Zola parece lógico, cuando pide, cuando llama, cuando espera para el realismo un teatro, a la manera como el romanticismo tuvo el suyo.... Sobre las tablas, no encuentro campo bastante para profundos é íntimos estudios de costumbres; no encuentro sino el terreno propio para bonitos croquis parisienses, para espirituales y ligeros dibujos al lápiz a la Meilhac-Halévy; mas, para una investigación un poco más aguda, para una disección llevada al extremo, para la re-creación de verdaderos y de *ilógicos* vivientes, no veo sino la novela; y aún adelantaría que, si por casualidad, el mismo asunto de análisis serio fuera tratado a la vez por un novelista y un autor dramático—concediendo que el dramaturgo fuera superior al novelador—el primero llevaría ventaja, y ella, la debería, tal vez, a las facilidades, a las comodidades, a la libertad del libro.... Aún cuando el romanticismo no tuviera a su frente el hombre único que ha dotado al arte dramático de la más sonora lengua poética que haya

existido, el romanticismo tendría un teatro; y, ese teatro, lo debería precisamente a su lado débil, a su humanidad poco menos que *sublunar* fabricada con lo falso y con lo sublime, a esa humanidad de convención que condice admirablemente con la convención del teatro. Pero, las cualidades de una humanidad verdaderamente real, el teatro las desecha por su naturaleza, por su ficticio, por su mentira.»

La declaración franca y clarísima que contienen los párrafos que acabo de traducir, dice bien a las claras el desencanto de los Goncourt por el teatro de su tiempo. Ellos no creen ni en el rejuvenecimiento, ni en la salvación del teatro moderno. La evolución de los géneros literarios que tiende a hacer prevalecer la novela sobre todos los otros géneros; la falta, sobre todo, de un talento innovador de la talla de Hugo para dar nuevo impulso y vigor nuevo a la escena francesa; la índole misma del teatro que ejercita como primordial elemento la acción y parece rechazar todo lo que diga de real y verdadero, parecen demostrar bien claramente,—amén de otras causas menos dirigidas é imposibles de mencionar aquí,—que el arte dramático, «el gran arte francés del pasado, el arte de Corneille, de Racine, de Molière y de Beaumarchais, está destinado, dentro de unos cincuenta años a lo sumo, a convertirse en una grosera distracción, sin ninguna relación con la *escritura*, el estilo y el fino *esprit*,—una cosa digna de tomar sitio entre los ejercicios de perros sabios y una exhibición de titeres», según declara el mismo Edmundo.

¿Cumple *Henriette Maréchal* la teoría sentada por sus autores en los párrafos que he transcripto, y es cierta esta decadencia del arte dramático, que predice Edmundo?

Respecto a la primera cuestión, sólo deberíamos hacer notar al lector el asunto de *Henriette Maréchal* y la manera como dicho drama fué desarrollado por los Goncourt. No hay en toda la obra ese sello característico y firme del naturalismo: el asunto está tratado *poéticamente*, sin asomos de copia ó de reproducción de la realidad, con ligeros esbozos, con perfiles esfumados de acuarela, con relieves, morbideces é irrisaciones artísticas dignas del ensueño de un poeta; y en cuanto a los personajes, cabe hacer notar que más que seres humanos parecen seres espirituales, aéreos, poéticos, vestidos de nieblas ó de resplandores y fabricados «con lo falso y con lo sublime». El primer acto es una verdadera fantasmagoría, un cuadro deslumbrador, cuya vida es vida de ensueño, ligera, vaporosa, cuajada de puntitos de oro y de escintilaciones de estrella. Rueda silente, encantador, como una nube preñada de auroras. Y no hay más.—El segundo y tercer acto, entran en la serie de los cuadros de costumbres, pero de esos cuadros en que no se descubre al observador, sino al poeta, al alma artística dominada por una coloración inusitada por un detalle encantador, por una filigrana de la forma, por una elegancia, un ritmo, una cadencia del lenguaje. Hasta el mismo final, trágico como una gran escena del arte antiguo, en el fondo, toma un reflejo de idealidad, una vida de ensueño con la noche

que envuelve la habitación donde M. Maréchal, creyendo herir a la esposa infiel, hace fuego sobre la forma blanca del cuerpo de su hija que se levanta ante él, heroica y abnegada.

Pero aquí al pretender averiguar la legitimidad de esta teoría, venimos a encontrarnos con la segunda cuestión formulada: ¿está en decadencia el arte dramático?

Agotada la fórmula romántica, después de haber caído en desuso la clásica, bien podría decirse con Edmundo de Goncourt que si está en decadencia el teatro, si no fuera que la escuela naturalista y, poco después, el teatro de ideas demostraron palmariamente lo contrario.

La teoría de los Goncourt sobre el teatro peca por una petición de principio. Afirma, sin probarlo, que el teatro es por esencia ideal y, por lo tanto, incapaz de incubar lo real y verdadero. El error de esa afirmación inusitada está en este hecho: la vida moderna no ofrece ejemplos de terribles é inesperadas aventuras, ni de apariciones espantosas ó fantásticas, ni de peligros súbitos y conmovedores. Por otra parte, los hombres de la vida real son prosaicos, metódicos, de una sola pieza, verdaderos tipos mecánicos, sin esos caracteres de lo sublime, de lo cómico, de lo extraordinario que el romanticismo prestó a sus personajes. Y como el naturalismo, ó por mejor decir, el escritor naturalista no inventa la acción a la manera de Jorge Sand ni crea hombres según el molde de Víctor Hugo, sino que, concebida la idea y analizado un ser humano, se concreta a estudiar las influencias del medio sobre el personaje,—Edmundo de Goncourt creyó que la fórmula del realismo no podía prestarse a la realización de una acción dramática, toda vez que aquellos hombres y acciones reales parecerían extemporáneos a la luz de las candilejas y entre los pintarrajeados bastidores que forman el mundo de la mentira y del ensueño.

El tiempo, por sí mismo, se encargó de demostrar al mismo Edmundo lo erróneo de sus ideas, y, al dar a la escena del Odéon su drama en diez cuadros *Germinie Lacerteux* hubo de confesarlo así. Y en efecto, ya no estamos en aquellos tiempos en que se creía que el arte dramático se basa únicamente en la «voluntad», es decir, en el drama por el drama mismo. Es muy sabido que en la novela, los personajes, para ser lógicos, tienen que estar sujetos a las influencias del medio, de la herencia, etc., de modo y manera que las circunstancias externas, obrando sobre tal y determinado temperamento, engendran una acción lógica y ordenada; y es más sabido todavía que en el teatro clásico y con mayor razón en el romántico, son los personajes,—la «voluntad» de los personajes,—los que determinan la acción. Por manera que Papá Goriot, Madame Bovary, Risler, Demailly, Saccard, Larcher, etc., son la resultante obligada del medio en que actúan y, como tal, obedecen a las circunstancias antes que engendrirlas ó dirigir las; en tanto que Nannac, Francillon, M^e Guérin, Poirier, Fanny Lear, Dora, etc., son tipos más complejos que originan, mueven y dirigen toda la acción.

Es por esto que por mucho tiempo se ha creído que aquellas obras de los grandes maestros naturalistas no podían convertirse en drama, mientras que estos otros personajes de Dumas hijo, Emilio Augier, Meilhac y Halévy y Victoriano Sardou no podían ser otra cosa que personajes de teatro. Pero ya no somos nosotros los que nos admiramos de esa concatenación de las escenas, rigurosa y exagerada, que hace del *Chapeau de paille d'Italie*, por ejemplo, un *truc* continuado; ahora preferimos los detalles exactos y verdaderos, las notas típicas y reales, los cuadros llenos de vida y de naturalidad. *Froufrou* y *Dora*, a pesar de muchas situaciones muy sentidas, resultan despegadas y se nos caen de puro absurdas; el Nannac del *Demi-monde*, como M^e Guérin ó su congénere M. Poirier, nos hacen sonreír precisamente cuando debieran inmutarnos;—y es triste, a la verdad, este efecto contraproducente obtenido por maestros de la escena como los que han creado esos tipos. ¿Y por qué, en cambio, nos deleitamos con un cuadro de costumbres, con un personaje que nos reproduce los de la vida real ó con una acción sin «voluntad» alguna como la que entrañan las obras dramáticas de Sudermann é Ibsen?

Por lo demás, los mismos que tanto y de tan buena voluntad aceptan esos tipos inverosímiles capaces de dirigir por sí solos una acción, incurren en una contradicción patentísima con ese principio al agregar que en la escena no caben personajes de excepción. El tantas veces citado Brunetiére, después de haber fulminado sin compasión el drama *Germinie Lacerteux*, por ser un tipo vulgar, gobernado ciegamente por su temperamento, por la herencia, por el medio y por su misma raza, dice en otro estudio crítico que los tipos de teatro deben ser tipos generales y no personajes de excepción. ¡Es decir que no cabe en la escena Germinia Lacerteux, pero sí caben los paisanos del *Maitre* de Juan Jullien! ¡Extraña y peregrina consecuencia en las ideas!

Tampoco una intriga urdidísima y enrevesada es signo distintivo, en nuestra época, de grande imaginación en el autor y de acabada excelencia de la obra. A los que se deleitan y admiran con *Bataille de Dames*, sólo les pondremos ante la vista *L'Avare*, *Le malade imaginaire* y *L'École des femmes*,—obras que, seguramente, no podrán tildarse de modernas. La intriga en Molière es nula y únicamente se utiliza para hacer resaltar un carácter; en tanto que en Scribe, por ejemplo, encontramos más que una fácil imaginación, un dón particular de prestidigitador para escamotear los obstáculos, enseñarnos solamente los puntos culminantes de la acción y hacer surgir cuadros y escenas de relumbrón, llenas de sorpresas y de sustos. Pero en todo su teatro no se hallarán ni caracteres ni ideas ni cuadros de costumbres.

Es, pues, falsa la teoría sostenida por los Goncourt no sólo por su fondo sino también por sus consecuencias; y causa verdadera lástima que los que silbaron *Henriette Maréchal* en 1865 lo hicieran por razones tan torpes é injustas, teniendo armas bastantes para hacer la crítica de la obra con altura y

nobleza, y con verdaderas seguridades de éxito.

V

LA MUERTE DE JULIO

Tan ruidos y continuados fracasos, como única palma a tan largos y continuados esfuerzos, fueron minando lentamente la salud del mejor de los Goncourt. Toda esa obra colosal,—obras dramáticas, libros de historia, estudios de arte, novelas, biografías, artículos y polémicas,—fruto de largos años de ímprobo trabajo, de afanes sin cuento, devigilias prolongadas,—obra verdaderamente hermosa, obra grande, colosal, artística,—no llamó jamás la atención del público, lo que es peor, fué desconocida con toda injusticia y mala fe por los que hubiera podido hacer valer sus méritos.

La escuela revolucionaria en que militaban los Goncourt; sus ideas literarias tan avanzadas y demolidoras; sus audacias, sus tentativas, sus análisis descarnados y agudos, su nueva teoría sobre el estilo, levantaron una algarada terrible entre la turba multa de los románticos, que se veían excomulgados y arrojados del templo del Arte por aquellos dos escritores originales é innovadores. Y semejante crimen no podía perdonarse: se gritó, se aulló frenéticamente contra los revolucionarios, con furia, con verdadero delirio; y en vez de exanimar y discutir sus libros; y se les hizo la guerra del desprecio, se les atacó sin permitirles el legítimo derecho de defensa.

En vano los Goncourt trabajaban afanosamente, con porfiado empeño, pasando de claro en claro sus noches entre un mar de libros, notas y papeles, persiguiendo, á veces con porfido empeño una frase, un solo adjetivo, un cadencia ó modulación nueva: todo era inútil. No se les comprendía; no se les quería comprender. Aquellos trabajos que llevaban, por decirlo así, toda la sangre de sus venas y el elixir de su pensamiento; aquellos estudios cuya sola preparación representaba un cúmulo infinito de notas, datos y observaciones, largas sesiones en los archivos y bibliotecas, entre centenares de libros y documentos, lecturas continuadas y numerosas, y cuya ejecución equivalía á noches sin dormir y á días enteros sin probar alimento, que se lograba martirizando el cerebro, agotando la sangre de las arterias, debilitando el organismo y envenenando el cuerpo con excitantes; aquellas novelas cuyo imponderable mérito sólo puede concebirse después del ligero estudio que les he consagrado, remataban siempre en fracasos y eran ahogadas por las risas de los necios, de los malos y de los envidiosos.

Temperamento nervioso, sensorio vibrante, alma de artista sensible y febril, Julio de Goncourt no podía sufrir tan ruidos golpes como único premio á sus constantes afanes. La menor conmoción repercutía en su espíritu con un gran eco, y el dolor y la pena doblegaban su alma. No ser comprendido era su mayor pesar, y el fracaso de sus obras lo hería de muerte.

Así fué como la caída de *Madame Ger-*

vaisis le dió el golpe de gracia. Es conmovedor y terrible á la vez el cuadro que nos da Edmundo de Goncourt en *La Maison d'un artiste* sobre los últimos días de su hermano. «Me parece que le veo, á mi buen y querido hermano, cuando lo levantaba y le interrogaba, y que le dirigía la palabra sin que él hiciera signo alguno de entenderme; cuando le preguntaba si no me reconocía y cuando, en fin, con su gruesa risa burlona, parecía responderme: «Crees que sea eso posible?»—Después, pasados algunos instantes, aquel grito que no tenía nada de humano y aquellas convulsiones seguidas por más de dos horas durante las cuales el sudor frío de su cabeza apoyada contra mi pecho pasó mis ropas y mi camisa. Y en fin esa agonía de cinco días sin volver al conocimiento.—Eran saltos bruscos que semejaban los de un pájaro que pretendiera alzar el vuelo; eran, bajo las ropas del lecho, rebotamientos espantados ante las visiones á las cuales, una vez, gritó con la palabra que recién le volvía (¡vetel!); eran amabilidades del cuerpo para otras visiones que llamaba con las manos tendidas, enviándole sus besos; eran sonoridades de frases tumultuosas arrojadas con el aire, el tono irónico, el silbante desprecio de una altiva inteligencia, tan particular en él cuando oía una estupidez ó el elogio de una cosa insignificante. . . . Y á medida que pasaban los días, las horas,—todavía vivo, ya no era más mi hermano,—sus ojos profundos, lacrimosos, tenebrosos, su tinte dorado y sombrío, la sonrisa indefinible de sus labios violáceos, le daban un conmovedor parecido con una misteriosa y sub-humana figura de Vinci que yo había visto en Italia en un obscuro rincón de no sé qué cuadro, de cuál museo.»

Julio murió el 20 de junio de 1870; y recién entonces—como si la muerte fuera el sello que requiere el talento para ser reconocida,—los compatriotas del gran artista se acordaron de él.

Sobre el cadáver del eximio escritor cayeron, entonces, todas las flores que se le negaron en vida. Pero no escogeremos nosotros, para terminar este estudio, una de esas coronas soberbias tributadas al enemigo caído en la lucha; preferiremos la sencillísima siempre viva con que Teófilo Gautier adornó la tumba del que fué su amigo en vida. Es una página sentida, hermosa, escrita con toda la nobleza é hidalgía de un corazón bueno y reconocido.

«Jamás espectáculo más conmovedor ha afligido nuestros ojos. Edmundo, en su trágico estupor, tenía el aspecto de un espectro petrificado, y la muerte que, por lo común, pone una máscara de beldad serena sobre los rostros que toca, no había logrado borrar de los finos y regulares rasgos de Julio una expresión de amargo pesar y de dolor inconsolable. Parecía haber sentido, en el minuto supremo que no tenía el derecho de marcharse como cualquiera, y que muriéndose casi cometía un fratricidio. El muerto, en su ataúd, lloraba al vivo,—el más digno de compasión de los dos, seguramente.

Hemos, seguido todas las estaciones de la vía-crucis de ese pobre Edmundo que, encogecido por las lágrimas y sostenido

por los brazos por sus amigos, tropezaba á cada paso como si sus pies se hubieran enredado en un caído pliegue del sudario fraterno. Á la manera de esos condenados que se descomponen en el trayecto de la cárcel al cadalso, desde Auteuil al cementerio Montmartre, tenía veinte años más y sus cabellos se habían vuelto blancos. Se les veía,—no es una ilusión nuestra, pues muchos asistentes lo notaron,—decolorarse y palidecer sobre su cabeza á medida que nos aproximábamos al término fatal y á la pequeñita puerta baja donde se da el adiós de eterna despedida. Era lamentable y siniestro, y jamás acompañamiento alguno fué con una desolación semejante. Todo el mundo lloraba y sollozaba convulsivamente, y sin embargo, los que marchaban detrás de aquel féretro eran filósofos, artistas, escritores hechos al dolor, acostumbrados á martirizar su alma, á domeñar sus nervios y que tenían el pudor de la emoción.»

1890.

VICTOR PÉREZ PETIT.

Á OLEGARIO ANDRADE

Hallando el mundo para tu alma estrecho,
Hacia las cumbres remontaste el vuelo,
Cóndor que en medio del turbión deshecho
Fuiste á rozar con tu plumaje el cielo!

Fija en lo inmenso la genial mirada,
Siempre en lo grande la posaste altiva;
Por un foco celeste deslumbrada,
Sólo se abrió para mirar arriba.

Junto á las ondas del inquieto-Egeo
Viste al titán sobre el peñasco atado,
Y es que tú eras también un Prometeo
En la roca del mundo, encadenado.

Entre las cuerdas de tu férrea lira
Halló tu genio, en acordada nota,
Desde la brisa que en los ceibos gira,
Hasta el pampero que la mar azota.

Para seguirte en tu atrevido vuelo,
Cuando las cumbres de lo excelso escalas,
Fuera preciso demandar al cielo
De tu grandiosa inspiración las alas!

Viajero sideral, ángel caído,
Holland con tu planta los volcanes,
Fueron de lejos á rozar tu oído
El bullicio del mundo y sus afanes.

Soñabas con lo grande; tu alma inquieta,
Anhelante de luz y de poesía,
En tus alas azules de poeta
Iba á surcar la inmensidad sombría.

Soñabas con lo grande; el mundo en vano
Rugiendo á tu alrededor te provocaba:
Al ruedo de tu manto soberano
El lodo de la envidia no alcanzaba!

Niágara inmenso, tu gigante lira,
Tuvo estruendos, derrumbes, claridades;
Fuiste un titán que desafió en su ira,
Del hondo mar las negras tempestades.

Hoy ¿qué queda de tí? con honda queja
Pregunta el mundo, y sólo encuentra el vazo
Miserio polvo que en la tumba deja
De los sepulcros el roedor gusano.

Pero la muerte, con su golpe rudo,
Sólo abatió la terrenal escoria.
Que nunca el hierro de su diestra pudo
Matar el alma ni segar la gloria!

Del cuerpo inerte que rodó entre flores,
Tu espíritu inmortal vuela distante:
¡Á oscurecer de un astro los fulgores
La sombra de una tumba no es bastante!

Tu nombre agosto, que mi mente evoca,
Ha de triunfar del tiempo y su falsía,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cénspide bravía!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

Noviembre de 1893.

SANGRE!

El nombre de Dios había sonado en la puerta del rancho, y como ante ese nombre el viejo Burgos jamás se negaba á abrir, levantóse de su pobre catre de cuero, calzóse el par de miserables ojotas, y en una figura poco menos que ridícula avanzó hacia la puerta con una luz en la mano. Fuera la noche estaba llena de misterio y de negros terrores, pero el viejo no pensó en ello, sino que, avanzando rápido, corrió el cerrojo á la puerta y dejó entrar el negror húmedo de fuera, en su casa de barro.

—Por el amor de Dios, demén amparo, murmuró una escualida figura y penetró temerosa en la vivienda, agregando á guisa de explicación: Apague la luz, por que *dentra* que la vean estamos perdidos. Me encontraba en el cardal, cuando sentí ruido. Allí en el cardal están los enemigos que acaban de acampar. Deben ser gente de Demetrio Chazo, pues era él quien nos venía persiguiendo esta mañana. Nos han *redotao* y si estoy con vida á Dios se lo debo. Ahora están en la manguera y *de juro* que si ven luz se vienen.

—Bueno, pase más adentro, respondió Burgos, y dió un soplo á la vela.

Una vez cerrada la puerta, el anciano se dedicó á tender la cama para el forastero. Erá el dueño del rancho un imponente paisano, alto y de barbas y pelo blancos; de rústicas manos; en la frente una grande cicatriz, recuerdo de la antigua vida militar.

El lecho quedó tendido en el suelo lo mejor que fué posible y el catre se lo ofreció al huésped inesperado.

Antes del alba se levantó el anciano. El campo olía á noche de invierno, y de los pastos húmedos parecía desprenderse un intenso frío. En la cocina cantaba un gallo; de lejos llegaban vagos y tristes rumores, gritos de lechuzas y quejas de chajáes.

El viejo penetró en la cocina y encendió

lumbre para calentar agua y tomar el mate matutino, según su crianza tradicional.

Á poco llegaron dos soldados; uno de ellos golpeó con el mango del rebenque la tabla que servía de puerta al gallinero, cocina y sesteadero de verano.

—¿Quién va? Se apresuró á preguntar el anciano, y uno de ellos, joven y no sin cierta varonil hermosura, asomó la cabeza é interrogó:

—Que tal, ¿tiene muchos escondidos en el rancho?

—¿Cómo? ¿Á que viene esa pregunta, y sobre todo de cuando anda tropa por acá?

—Sí, hágase el zonzó no más, viejito. Tenemos orden de registrarle el rancho antes de que los pájaros se manden mudar, *ahrita*, en cuanto venga el sargento.

Entretanto el viejo saboreaba el mate, aparentando una gran indiferencia.

El sargento no tardó en llegar con otros soldados. La puerta del rancho estaba no más que entornada.

—Á ver viejo, confiese la partida, ¿cuántos tiene escondidos?

—¿Yo? Ninguno, mi hijito.

—¡No diga! Y la luz que vimos anoche y los que vimos *dentra*? ¿Ó se cree que nosotros *semos* opas?

La mañana se iba acercando hasta leñir de rosa el oriente y los ásperos cerros; los mujidos distantes se percibían ahora, rompiendo los últimos silencio; un gran vahlo perfumado se levantaba de los tréboles; y de cardo en cardo volaba la chata lechuzca, eterna amiga de la sombra. Ya rompía en bandas la dulce claridad, en bandas longitudinales desde los extremos del cielo, disipando la masa de la noche.

El sargento presumía la existencia de refugiados en el rancho, pero no quería proceder aún. Su misión era vigilar, y aunque varias veces hizo alusión al hecho, no por eso avanzó un paso.

El viejo Burgos presentía lo que iba á pasar. Ya otra vez había salvado á varios muchachos huídos, dándoles caballos y señalándoles rumbo; pero aquella noche no había tenido ni el miserable caballo aguatero. Por allí ni sombra de monte se veía; la salvación del joven era más que difícil. Lo comprendió así; y como quien no lo hace de intento, se metió en el rancho. Pero detrás de él entró el sargento y entraron los soldados, uno de los cuales ya prevenido con el facón en la diestra. El muchacho dormía, echado sobre el misero catre de cuero, mal tapado por un poncho de bayeta.

—Y éste, ¿quién es? interrogó el sargento.

—Es mi hijo.

—Sí, puede ser. Será algún hijo de . . . y adelantándose al catre en que reposaba el mancebo, dió un rebencazo y profirió un insulto.

—Á ver, sotreta, levántese. Levántese y váyase preparando, y en el mismo momento, un oficial alto y zahereño, ya de años, de tez vidriosa, como si su alimento fuese vitagre, se colaba puertas adentro, y tras una breve información, encarándose con Burgos le decía:—¿Por qué miente? ¿Acaso *creiba* que iba á pasar desconocido? Usted

es Burgos, el capitán Burgos, que no tiene hijos y que está aquí de puestero. A usted y á éste les vamos á dar lo que merecen.

Entretanto el pobre muchacho permanecía azorado, acurrucado, con los ojos muy abiertos y las manos cruzadas sobre las rodillas, bien pegado á la pared, en un rincón del catre. Veía aquello y no podía alegar nada en su favor; miraba aquellos hombres y esperaba no sabía qué.

—Á ver, levántate, sarnoso! le gritó el oficial. Vos *sos* el que *entrastes* anoche, ¿no es eso?

—Sí señor, yo soy! . . .

—¿De qué gente *sos*?

—De la gente de Pancho Nuñez.

—Ah, de la de Pancho Nuñez. . . Bueno. . . levántate, sotreta, y rezá un credo.

Pero el pobre muchacho no obedecía la orden.

—¿Y que van á hacer con él?

Á esta pregunta del viejo Burgos, el oficial zahereño repuso:

—Lo que se hace con todos. Lo malo es que lo vamos á tener que degollar como un corderito, sin que siquiera diga que es un asesinato.

—Eso no! Eso no se hará, so bandidos. Afuera de mi rancho, gente sin alma! Canallas! y el viejo valor volvía á encender el rostro del Aquiles anciano. Eso no! Canallas! Bandidos! Así no se mata á hombres indefensos! Fuera de mi rancho, sabandijas! Y á empellones atacó al oficial, haciéndolo vacilar sobre sus piernas. Burdidos! Asesinos! Canallas!

—Á ver, sargento, si me le da una marimba á este sotreta sarnoso! Y el mismo dió el ejemplo descargando un mangazo en la blanca cabeza de Burgos.

El viejo estaba en tierra desmayado á golpes; el muchacho temblaba en el rincón del catre; cuando dos soldados se le fueran encima.

Primero hizo una valla con sus brazos, enseguida, cuando lo hubieron asido, forcejeó, quiso desprenderse; el temor se le pintaba en los ojos.

Lo sacaron afuera, y en la puerta del rancho el oficial dió la orden: *Asujetenlo*, y el mismo, en tanto dos robustos gauchos lo sugetaban de los brazos y un mulato le sugetaba las piernas, tomándole el cabello con una mano, echó atrás la cabeza del infeliz y con un deleite infernal le cortó la carótida de un solo golpe de cuchillo, hasta el hueso.

Y el Sol, que en ese instante salía, vió, todo rojo de vergüenza, cómo un chorro de sangre humana se elevaba á los aires, salpicando á seres también humanos y cómo caía un cuerpo retorciéndose en atroz agonía, para tomar la fría lividez de lo inerte.

VICTOR ARREGUINE.

SIEMPRE

Yo siempre tengo para ti armonías,
Mi corazón por ti siempre se queja;
Entre la oruga del jardín, marchitas,
Siempre mis flores para ti se encuentran:
Las flores por hermosas conocidas
Que tú en la dicha triunfadora ostentas!
¿En qué día mi amor sin esperanza
Un tributo celeste no te lleva?
A pesar de las canas que me dicen:
El tonto de la vida es el poeta.

ANTONINO LAMBERTI.

«FATALIDAD»

Dobido a la fineza del caballero Francisco Sainz Rozas, autor del drama *Fatalidad*, que en breve será representado en uno de nuestros principales teatros, podemos dar una idea de la pieza con la publicación de las escenas que a continuación se insertan, y en las que se pintan las costumbres de la alta vida social montevideana.

Del mérito literario de la obra, así como de su plan y desarrollo, nada, por nuestra parte, podemos afirmar, por sernos el drama desconocido. Inducen, sin embargo, a garantizar el éxito de la producción dramática las opiniones favorables que su distinguido autor ha recibido de personas ventajosamente conocidas en nuestro mundo literario.

ESCENA IV (1)

Los mismos, FEDERICO VIZCAÍNO, su hija ELENA, DOCTOR MEZQUITA, DALMIRO COSTA y el MINISTRO BRASILEIRO. (2)

(*Entran por el saloncito del fondo (izquierda)*)

ALEJANDRO (*Dirigiéndose a ellos y saludándoles.*)—¡Caballeros!—¡Señorita! (Al doctor, con gran satisfacción.) ¡Mi querido doctor!—¡Señor Ministro! (*Haciéndole una reverencia.*—*El Ministro contesta de igual modo.*)

MARIA (*Aproximándose a ellos, lo mismo que María Teresa.*)—¡Elena, qué tarde ha venido usted!

MARIA TERESA (*Abrazándola y besándola.*)—¡Cree que ya no vendrás!

ELENA (*Acerándose hacia adelante del foro.*—*Lo mismo harán los demás.*)—¿Cómo no, querida!—Es que nos hemos demorado en la mesa más de lo de costumbre. Como tuvimos de invitado a Dalmiro. (*Señalándolo.*—*Dalmiro hace una reverencia al mirarlo María Teresa.*—*Esta contesta de igual modo.*)

FEDERICO (*A Alejandro y María.*)—Valiéndome de la franca y buena amistad con que ustedes nos favorecen, me he permitido invitar a nuestro genial artista (*Indicándole y agradeciendo éste el elogio*) para que nos acompañara a visitar a ustedes en la persuasión de que su presencia les será grata y amena. (*Presentándoseles*) El señor Dalmiro

(1) Acto tercero.
(2) Para facilitar al actor el desempeño de su papel, en los vocablos brasileiros háse establecido en vez de la ortografía gramatical la correspondiente a la pronunciación figurada.

Costa. (*A Dalmiro*) El señor don Alejandro Vergés.—Su señora esposa.

ALEJANDRO (*Inclinándose y dándole un apretón de mano.*)—¡Tanfísimo placer.

MARIA (*Id. id.*)—Señor mío.

ALEJANDRO—Ha hecho usted bien, señor Vizcaíno, en utilizar la autorización que, sin solicitarla previamente, tiene usted siempre concedida por nosotros para traer a esta su casa a cualquiera persona de su amistad, y máxime cuando, como en este caso, la favorece usted con la compañía de uno de los más hábiles intérpretes del arte musical

DALMIRO (*Inclinándose modestamente.*)—Señor.

(*La concurrencia mirará con curiosidad y alegría a Dalmiro, haciendo comentarios mudos acerca de él*)

MARIA (*Dirigiéndose a la concurrencia.*)—La habilidad del señor (*Refiriéndose a Dalmiro*) es algo que no se discute por tratarse de cosa juzgada, como dicen los del foro. (*Sonriendo.*—*Dalmiro agradecerá con inclinaciones de cabeza todos los elogios que se le dirijan*)

EULOGIO (*Sonriendo.*)—Es que de la reputación artística de Dalmiro podría decirse lo propio que de la libra esterlina de los ingleses, es decir, que es tanta su buena ley, que ha concluido por conocerse y aceptarse casi universalmente.

NICOLÁS—Es exacto. Así como también lo es,—y aplicable en este caso tratándose del talento musical del señor Costa,—el dicho aquel de Víctor Hugo que, refiriéndose a Shakespeare y encontrándolo tan grande en sus obras, dijo:—«¡No es posible discutirlo;—hay que admirarlo como una bestia!» (*Marcos desaparece.*)

DALMIRO (*Aparte a Eulogio y acariciándose la extremidad de la barba.*)—No le parece a usted, señor mío, que hay un poquito de exageración en lo primero, y otro poquito de *grosería* en lo de la bestia?

EULOGIO (*Sonriendo.*)—No discuto su modo de apreciar, amigo Costa, pero sí le observo que a Víctor Hugo no se le puede profanar enmendándole la plana.

(*El Ministro Brasileiro durante el diálogo anterior estará junto a María, a quien, en momentos, dirigirá frases cortas.*)

MARIA (*A Alejandro que se encontrará próximo a ella*)—Alejandro, voy a tener el placer de presentarte al señor Ministro Brasileiro don Joaquín. (*Indicándole al Ministro y solicitando de éste, con la mirada, su apellido.*)

MINISTRO BRASILEIRO (*Haciendo una gran reverencia a Alejandro.*)—Lloaquin de Souza Silva Guimarães y Freitas, um seu criado.

NICOLÁS (*Aparte a Roque, sonriendo.*)—¿Nada más? (*Roque también sonríe.*)

MARIA (*Al Ministro, é indicando a Alejandro.*)—Mi esposo.

ALEJANDRO (*Contesta con otra reverencia, y después estrechándole la mano, dice:*)—¡Tanto honor, señor Ministro!

MINISTRO BRASILEIRO—El honor es todo mío, caballero. Aun cuando no había tenido el placer de conocer a usted *personalmente* *ahora*, no por *iso* me era usted en absoluto *desconocido*, pues en estos últimos días me ha sido usted presentado intelectualmente

por intermedio de su interesante folleto *recentemente* publicado.

ALEJANDRO (*Sonriendo modestamente.*)—¡Ah!

MINISTRO BRASILEIRO—En él, *depués* de un razonamiento demostrativo,—establece usted una serie de capítulos modificativos al Código de *Instruções Criminal Argentino*, que le colocan a usted *em* un puesto *muito* elevado en materia tan simpática.

ALEJANDRO—Es bondad del señor Ministro.—El dicho folleto, poco, muy poco vale en sí mismo, por lo menos como trabajo literario que merezca mencionarse, porque no lo es.—Sintiéndome por vocación inclinado a esa rama del derecho, y aun cuando no piense dedicarme con especialidad a ella en el ejercicio de mi profesión por su compensación ingrata, me decidí a publicar ese folleto con el sólo propósito de proyectar ó indicar modestamente algunas reformas al Código Criminal argentino, por haber tenido oportunidad de palpar las deficiencias y contradicciones de que él adolece, al aceptar dos ó tres causas que, por servir a gente pobre, defendí últimamente en Buenos Aires.—Ese es simplemente el objeto que me ha propuesto con esa publicación.

MINISTRO BRASILEIRO—Juzga usted con excesiva modestia un *trabajo* de tanto mérito *jurídico* como éste de que *falamos*.—Garanto que sus compatriotas *os argentinos* *póden* estar orgullosos de contar entre los *homens do seu foro um jurisconsulto* de talento tan *notável*.

ALEJANDRO (*Haciendo una reverencia.*)—Usted me confunde con tanto imerecido elogio, señor Ministro.—Por otra parte, los argentinos nada tendrían, en tal caso, que agradecerme como compatriota porque no lo soy de ellos.

MINISTRO BRASILEIRO (*Con extrañeza.*)—¿Cómo así!—¿El señor *doutor nam é argentino?*—Téngale como tal. *Fala* usted tan *aporteadamente*.

ALEJANDRO—No le extrañe a usted eso, señor Ministro, porque mi año y medio de estadía en Buenos Aires, unido a haber estudiado y practicado el castellano con mi padre en Europa durante muchos años, me han *americanizado* bastante.

MINISTRO BRASILEIRO—Entonces. ¿hizo usted sus estudios en Europa?

ALEJANDRO—Forzosamente, señor Ministro, porque, como he dicho antes, no soy argentino ni tampoco ciudadano oriental.

MINISTRO BRASILEIRO (*Rápido.*)—¿Es posible?

ALEJANDRO— a pesar de haberme querido favorecer la Providencia con la fortuna de que naciera en esta *tierra hermosísima* (*Con júbilo*), cuna de toda mi dicha y todas mis más caras afecciones. (*Mirando a María.*—*Esta sonríe agradecida*)

MINISTRO BRASILEIRO—*Não* me explico.

ALEJANDRO—Es muy sencillo, señor Ministro.—Nacido en esta bella Montevideo, el capricho de mis padres quiso que, llenados los trámites del caso, y algunos meses después de mi nacimiento, recibiera las aguas del bautismo en la hermosa ciudad de Marsella, patria de uno de mis genitores.

MINISTRO BRASILEIRO (*Sorprendido y rápido.*)—¿Cómo?

ALEJANDRO—Allí me educé, terminé mi carrera y a los veintidós años y medio, poseyendo una posición pecuniaria algo desahogada por la fortuna heredada de mi inolvidable señora madre, antes de comenzar a ejercer mi profesión quise poner en práctica el vivo deseo, acariciado desde mi niñez, consistente en venir a conocer la, para mí, verdadera y única patria.

MINISTRO BRASILEIRO (*Con tribulación persuasiva.*)—*Única*, dice usted bien, señor, porque siendo nacido aquí, es usted ciudadano oriental.

ALEJANDRO—Debería serlo, señor Ministro, pero mis padres resolvieron lo contrario y me hicieron ciudadanao francés. Mi fe de bautismo así lo acredita.

MINISTRO BRASILEIRO (*Sorprendido.*)—*Mas* antes que ella está la *boleto de inscripción del nacimiento* otorgada *pele* Oficina de *Registro Civil*.

ALEJANDRO (*Pesaroso.*)—¡Ah, señor, eso feria lo justo y legal, pero en aquella época estos países estaban todavía bastante atrasados! La ley de Registro *Civil* aún no había sido promulgada.

MINISTRO BRASILEIRO (*Indignado.*)—*Mais* *iso* es robar descaradamente sus *fillos* a una *nazánu*.

ALEJANDRO (*Encogiéndose sobre los hombros.*)—¿Qué quiere usted, señor!—Robos comunes y muy frecuentes en los países nuevos.

MINISTRO BRASILEIRO (*Escandalizado.*)—*¡Euna iniquidade!* En el *Brasil* *não* sucede *iso*.

ALEJANDRO (*Rápido y sonriendo.*)—Ni aquí tampoco actualmente, *é*, se ñor Ministro. (*Comentarios en la concurrencia.*)

MINISTRO ARGENTINO—Su viaje ha sido para usted asaz provechoso, doctor Vergés. La sensacional é importante *ma* reclamación hecha por usted al Gobierno de mi país con tan feliz éxito, le ha dado a usted reputación y beneficio *justiciamente* adquiridos.

ALEJANDRO (*Con modestia.*)—La reputación me ha sido otorgada *demasiado* benévola, señor Ministro, *é* por que la reclamación de aquella importante zona de tierras fiscales en la Avenida Alvear era sencillísima, muy clara. Se trataba de derechos que no podían dejar de reconocerse. Sólo he tenido que munirme, aunque con algún trabajo, de unas pocas pruebas concluyentes que me faltaban para *completar* las que en Marsella me proporcionó mi primer poderdante y cliente, monsiieur Despierris.

MINISTRO ARGENTINO—Sin embargo, doctor, el inmenso valor que representan las tierras que se le han adjudicado, unido a los fundamentos y documentación minuciosos é irrefutable con que refrendaba usted las conclusiones de su erudito *escrito* de reclamación y los que le sucedieron, le han otorgado muy *justiciamente*, como he dicho, el buen nombre y reputación *jurídica* de que ya goza usted en nuestro foro.

ALEJANDRO (*Sonriendo modestamente.*)—Lo repito, señor Ministro, *benévola*. ó buena fortuna, nada más.

MARIA TERESA (*Al Ministro Argentino.*)—¡La *Avenida Alvear* han oído chos ustedes,

señor Ministro, y el nombre de esa Avenida me recuerda una vez más el incidente peligroso y heroico en que fuimos protagonistas los personajes que hoy constituyen nuestra familia íntima!

ALEJANDRO (*Rápido y suplicante.*)—María Teresa, ¿a qué mencionarlo? No se trata ahora de eso.

MINISTRO ARGENTINO—Incidente ó percance que fué de gran resonancia en la sociedad bonaerense.

ALEJANDRO (*Id. id.*)—Es cierto, señor Ministro, pero incidente ya viejo. No hay por qué recordarlo.

MARIA (*Aparte, con júbilo.*)—Cuánta modestia generosa!

MINISTRO BRASILEIRO (*A Alejandro.*)—Sin embargo, señor doctor, aquí no es por *muchos* *coñecido*.—Yo, por ejemplo, tengo muy incompletas referencias de él.

MARIA TERESA (*Rápido.*)—Yo se lo referiré a usted detalladamente, señor Ministro, por más de que cada vez que lo recuerdo se me hiela la sangre en las venas.—Fué el domingo del entierro del carnaval.

MINISTRO BRASILEIRO—La fecha es por demás señalada.

MARIA TERESA—¡Imborrable!, señor Ministro.—Serían las siete de la tarde cuando, antes de hora, nos retirábamos con mamá de Palermo llenas de contento y en medio de las últimas comparas que se dirigían a aquel paraje para tomar parte en el torneo. Nos habíamos alejado pocas cuerdas, cuando el estallido de un cohete volador, arrojado imprudentemente por alguien al enfrentar nuestro carruaje descubierto, hizo que se asustaran de tal modo los caballos y emprendieran desbocados tan veloz y desesperada carrera, que las fuerzas del cochero eran insuficientes para contenerlos. ¡Qué momento horrible, Dios mío! Largo trayecto recorrimos en esa forma por entre las dos filas de máscaras que nos habían formado gritando ¡atajen! ¡atajen!, pero sin que ninguno se atreviera a exponer su vida.—El cochero, de pie y convertido en un Hércules por instinto de conservación, había dado un doble giro a las riendas y luchaba tenazmente con los animales. Presa de terror trataba de disimularlo para animar a mamá que empezaba a desfallecer balbuceando algunas palabras de espanto. En ese momento el cochero nos tranquilizaba diciéndonos que los indómitos empezaban a ceder. ¡pero la reacción duró poco! De improviso vémosle tambalear, rodar por el suelo su sombrero de felpa y caer bruscamente en el asiento del pescante: ¡una rienda se había cortado!

UNA SEÑORA—¡Jesús! (*Demostración de horror en la concurrencia.*)

MARIA TERESA—Mamá lanzó un agudo grito y perdió el conocimiento. Yo, en mi aflicción y previendo el trágico fin que nos esperaba, quedé sin aliento, sin saber qué hacer, inconsciente.—Cuando me di cuenta de nuestra situación el cuadro se presentaba aún más desesperante. El desenlace terrible que nos esperaba era el choque violento, inminente contra una gran pila de piedra triturada que había a un costado de la Avenida que estaba en reparación y hacia la cual se encaminaban los caballos en la

incierta dirección que, con una sola rienda, les había involuntariamente dado el cochero. Un frío glacial se apoderó entonces de todo mi ser; sentí miedo, un miedo horrible, pero no tanto por mí sino por ella (*Señalando a María*), por ella a quien tanto adoro.

MARIA (*Aparte y rápido.*)—¡Hija del alma!

MARIA TERESA—Viendo venir la muerte por segundos, besé a mi madre, crucé nerviosamente las manos y elevándolas al cielo formulé una plegaria implorando la única esperanza que nos quedaba: la de la Providencia. Ella, que oye siempre a sus criaturas, atendió mi súplica, pues a corta distancia del terrible enemigo vi pararse una elegante victoria, descender rápido un caballero, arrebatarle bruscamente a un comparsa su estandarte cargado de trofeos carnalescos y arrojarlo con ímpetu al frontal de los caballos.

VARIOS (*Muy rápido.*)—¡Bravo! ¡Muy bien!

MARIA TERESA (*Rápido.*)—Éstos, ante el obstáculo, aminoraron su marcha y entonces nuestro temerario salvador, envuelto en una nube de polvo, aprovechó ese feliz momento, se apodera con rapidez de la brida de uno de los caballos y con hercúleo brazo detiene a los enfurecidos animales, para librárnos así de la espantosa catástrofe que ya había considerado inevitable.

VARIOS—¡Bravo! ¡Sublime!

MARIA TERESA (*Suspirando y reposada.*)—Después el desenlace es conocido. Un gentío enorme nos rodeó en el acto.

Quise articular una palabra de agradecimiento pero me lo impidió un fuerte nudo que oprimía mi garganta. Algunas sales y antidotos suministrados en una farmacia próxima volviéronme la calma.—Mamá recuperó el sentido y a los pocos instantes nuestro valiente defensor nos acompañaba solcita y galantemente en su lujosa victoria hasta el hotel donde nos alojábamos, colmándonos de finezas y cuidados.

MINISTRO BRASILEIRO (*Rápido.*)—¿Y ese *yeneroso* protector?

MARIA TERESA (*Reposada.*)—Lo fué el que hoy es mi apreciable y cariñoso señor padre. (*Indicando a Alejandro.*)

ALEJANDRO (*Como fastidiado.*)—¡María Teresa!

MINISTRO BRASILEIRO (*A Alejandro.*)—Un acto verdaderamente heroico.

MINISTRO ARGENTINO (*Id. id.*)—Un arroj noble digno de encomio.

ALEJANDRO (*Rápido é inclinándose modestamente.*)—Señores.

MARIA—Una acción elevada, caballeresca y grande que jamás olvidará sin poder retribuirla cual merece.

ALEJANDRO (*Con pasión.*)—¡María, querida esposa! tu afecto puro y el de María Teresa me pagan con creces lo que, en mi caso, habría hecho cualquiera.

(*Felicitaciones a Alejandro y María Teresa. Comentarios generales.*)

MINISTRO BRASILEIRO (*A María y Alejandro.*)—¿De modo que ese peligroso y a la vez feliz percance fué el que inició la amistad de ustedes?

MARIA (*Con júbilo.*)—Es cierto, señor Mi-

nistro. La Providencia nos presentó accidentalmente.

ALEJANDRO (*Al Ministro*).—Será así, señor, ya que lo quiere mi estimada María.—Sin embargo, yo hago arrancar nuestra amistad desde una noche de fiesta veraniega realizada a los pocos días de ese incidente en el Tigre-Hotel y en la cual nos encontramos... *casualmente*.

MINISTRO BRASILEIRO (*Sonriendo con malicia*).—Lo creo, doctor.

MINISTRO ARGENTINO (*A Alejandro*).—¿Y piensa usted volver pronto a Buenos Aires?

ALEJANDRO.—De paseo probablemente, señor Ministro, porque terminada allí mi misión y residiendo en esta desde el mes de marzo último, he resuelto establecerme aquí definitivamente por considerarla mi verdadera patria, como lo he dicho antes.

MINISTRO ARGENTINO.—Lo siento por nosotros, doctor, pero a la vez aplaudo tan patriótica resolución.

MINISTRO BRASILEIRO (*Sonriendo*).—Ya ve usted, doctor Vergés, cómo *as* arbitrarias resoluciones dos hombres, aun cuando *sellan* ben inspiradas, resultan impotentes para arrancar del corazón humano ese oculto sentimiento intuitivo, grande, noble e *yeneroso* que instintivamente nos arrastra e vincula a lo suelo da-patria.

ALEJANDRO (*Id.*).—Es una verdad indiscutible, señor Ministro.

(*Se vuelven, comentando con los demás concurrentes. El Ministro Brasileiro se acerca a ella, frotándose las manos delante del fuego. En toda la obra demostrará sentir mucho frío, pero sin exagerar.*)

FRANCISCO SAINZ ROZAS.

ODAS VOLUPTUOSAS

NOCTURNA

Bajo ardiente diluvio de lascivia,
Por mis líbricos brazos impulsada,
Caíste sobre el lecho derramando
Todo el perfume de una vida casta!

Llegó la aurora y te encontró desnuda
Con tus negros cabellos por almohada,
Y entonces tus mejillas tropicales
Tenían el aspecto de dos brasas
Sobre un pedazo de carbón muy negro:
Tu oscura cabellera destrenzada;
Y en tu rostro lucían las pupilas.
Como nubes caídas entre llamas,
Y en tu rostro brotaron las ojeras
Azules, como el cielo de la infancia,
Y simulaban los flotantes velos
Del lecho de una orgía de miradas!
Tus senos, como mármoles torneados,
Cual magnolias prendidas de una rama,
Como espumas del mar de mis delicias,
Cual floraciones de lasciva planta,
Caldeados por mi boca lujurienta
Y por el fuego de encendidas ansias,
Parecían dos trozos de esas nieves
Que ruedan hacia el pie de la montaña,

Al sentir el calor de los temblores
Y de los ruidos de un volcán que estalla.

¡Oh! reina de mis noches de placeres,
Tu culpa es culpa crapulosa y santa;
Es un pecado que sublima al vicio;
Es un delito, pero en forma sacra!

¡Oh! espléndida beldad, Adela mía,
Mientras tenga una líbrica palabra,
Un delirio sensual, un beso ardiente,
Será mi carne de tu carne esclava!

Ven ¡oh mujer! a consumir las fuerzas
Del joven bardo que a tus formas canta,
Las fuerzas que aun agitan mi materia,
Al despertarse en turbulencia brava!
Y pon sobre mi tumba, cuando espire,
En grupo voluptuosos dos estatuas,
Dos estatuas de mármol que se junten
En un beso, esa orgía de dos almas!

¡Ven, ya es hora! La noche, como un viento
De sombras por estrellas consteladas,
Ya corre por los llanos del espacio
Con ligerezas de visión que pasa.
¡Ven! y torna tu boca en esa lira
Cuyos acentos, por besar, no cantan,
En la lira del vicio, a cuyas notas
Le prestan las cantáridas sus alas!
En la lira que forma sus canciones
Con el murmullo de la sangre humana
Que corre por las venas de quien siente
Sobre su pecho un corazón que ama!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

LA PEOR DE LAS FACULTADES

A mi amigo Vicente Corci, Director del Laboratorio Químico y Bacteriológico del Hospital de Caridad.

Un agucero cayó
en un lugar que pivó
a cuantos mojó,
de seso;
y un sabio que por ventura
se escapó del agucero,
viendo que al lugar entero
era común la locura,
mejóse y enloqueció,
diciendo: ¿en esto qué pierdo?
¿Aquí donde nadie es cuerdo,
¿para qué he de serlo yo?

Juan Ruiz de Alarcón.

I

Era el feliz soñador de la edad sin experiencia.
Alta la cerviz y la actitud insolente, cruzaba
la vida de las ilusiones con el atolondramiento
de sus fáciles entusiasmos.

Tenía, para las adversidades de cada día, la
despreocupación del fuerte, y despreciaba sinceramente
los misterios del mañana; con la seguridad del éxito,
sonreía en medio de todas las luchas con la suerte,
y elevaba triunfante la carcajada de la dicha entre todos
los ruidos de las desgracias ajenas: indiferente y soberbia
por encima de todas las voces.

Entonces creía y esperaba. Con frecuencia decía:
«¡qué bueno es sentir!»

II

Ocultándose entre los aturdimientos de aquella
felicidad, llegó la última noche de esa época
sin igual en la existencia.

Estaba solo, en una estancia obscura, sentado
junto a un lecho; había llorado, y empezaba a
tener fiebre. Vivía las primeras horas de duda,
y harto se sabe cuán doloroso es sentir la desaparición
de las creencias... qué triste es la última
noche pasada con la fe: la querida que ha
dado la mayor dicha!

III

Ínua el Sol llevándose el día. Su última más
débil luz, saliendo lentamente por las rendijas
de los postigos, dejaba en creciente obscuridad
al dormitorio; y todavía continuaba con la frente
reclinada sobre el lecho sin destender; y, como
en la mortificante visión de una pesadilla,
en su desesperación asistía al atormentador espectáculo
del mundo entero; en todos sus aspectos
y en toda su verdad, viéndolo cual una moneda
entre sus dedos: por su anverso y su reverso;
de un lado cómo es; de otro cómo se deja
ver.

El cerebro le ardía, la razón trabajaba: ¡qué
prodigiosa y extraña manera de percibir! Lo enseñaba
todo: igual lo que está a la luz, que lo que está
en la sombra; tanto lo que se muestra, como lo que
se oculta; lo mismo aquello que se dice cuando se
piensa, que lo que se piensa cuando se habla.

IV

«Y, sin embargo, esta es la visión de la verdad!»
exclamó de pronto y sin poder evitar que apareciera
en su rostro esa sonrisa que hace, con la mayor
contracción de los músculos faciales, la vida
trastornada por las grandes catástrofes.

«Si—continuó—he ahí cuanto conocemos: la
sustancia desconocida que hace la única totalidad
de lo que existe en nuestro mundo y fuera de él;
siéndolo todo; constituyendo lo infinitamente
grande y lo infinitamente pequeño; acá en porciones
nebulosas, que mañana con el calor de su
condensación harán globos incandescentes, que
acaso estrellarán las noches de algún astro ya
sin la temperatura precisa para la existencia de
los organismos: cadáver en descomposición, cayendo
ó remontando sin cesar en el abismo ignoto
al través de los siglos infinitos; allá en
sistemas planetarios como el nuestro, cargados
de todas las formas de la vida; mundos y mundos,
sin cifra para su número y sus años, en
transformación eterna, en fusión, apagados, con
luz, opacos; en unos, primaveras con flores y
amor; en otros, inviernos con tristezas de frío;
éste, llevando una humanidad que atraviesa todavía
una juventud llena de ilusiones, y, por consiguiente,
con los entusiasmos que hacen los heroísmos: una
humanidad aun imaginativa, que pone sirenas en los
nares, centauros en las montañas, quimeras entre
las nubes, esfinges en los desiertos, que tiene
parcas que hilan la vida gorgonias que usan
alternativamente un mismo ojo y un solo diente,
grifos con medio cuerpo de águila y medio de
león, gnomos en las entrañas de la tierra, lares
en el hogar, penates en las ciudades, náyades
en los ríos, faunos, sáti-

ros y silvanos en las selvas para correr siempre,
movidos por el deseo, tras de las ninfas; aquel,
en fin, conduciendo lo contrario, una humanidad
ya gasada, generación tras generación, en el
uso continuo de una vida millones de veces
social, que un día, vencida por el más riguroso
cambio del medio consiguiente a la cósmica,
eterna evolución que hace inadaptable la
organización humana a la acción de ciertos
estados de la naturaleza, ve llegar su
degeneración fatal, junto a mayor progreso
de su vana civilización, y entre la tan
loada, pero en definitiva impotente,
experiencia de su vejez.»

«Y más allá? ¡Oh! más allá, en un
miserable rincón insignificante del infinito,
entre un pequeño, mínimo montón de soles,
acaso por nada más importantes que los
otros, nuestro sublimado mundo de ocho
planetas conocidos, algunos centenares de
asteroides y dieciocho satélites, dando
vueltas y más vueltas al rededor de un
luminar que se apaga; entre la pequeña
irrisoria ó compasible de este mundo,
nuestra tierra; y arrastrándose entre las
grietas de la rugrada superficie de esta
tierra,—gusano évenido de una generación
espontánea que hizo la primera célula de
la vida—el hombre... el hombre, unas
veces preguntando, insensatamente aunque
honradamente, por el autor de todo lo
pequeño que puede sentir; otras, negando
audaz toda causa original; algunas, llamando
Budha, Mahoma, ó Cristo, a lo que cree
su representación por la respetada afirmación
de religiones que, a la vez y con igual
fundamento, se dicen reveladas y se
contradican mutuamente, y siempre,
creyendo que le contesta concluyentemente,
acerca de todo, la razón, cuyo fundamento
informan las escasas sensaciones posibles
a su pobre constitución;... la pretenciosa
curiosidad humana sentada en la cima de
una montaña y penetrando por el telescopio
entre las secuelas metamórfosis del
macrocosmos, ó con la frente inclinada
allá, dentro de un laboratorio, por el
vehículo del microscopio, en la evolutiva,
infinita pequeñez hirviente del microcosmos,
que también le asombra con su inmensidad.»

V

«Y... ¡cuán grotesco el aspecto de las
sociedades que forma en todos los climas
de su planeta domiciliario, esta manifestación,
sin extraordinaria importancia, de la vida,
que se hace llamar govemente a sí misma,
«el hombre», cual si se diera un nombre
que significara mucho más que todos los
otros seres y cosas que existen con igual
origen, con igual destino, y con el mismo
mérito: el que cada cual ha traído por
dón natural y sin poder hacer algo
intencional para intervenir en él.»

«Contemplé el incongruente espectáculo de
los procedimientos y descos de aquellos que
te rodean en toda parte y en cualquier hora;
escucha en el hogar la conversación
privada de la familia, conduciéndopor el que
es más respetable a causa de la experiencia
consiguiente a su mayor edad, concurre al
entramado del talento en cualquiera de sus
disfraces ostentaciones vanidosas; asómate
a la ventan que da al paseo, donde entre
el aparato orgullo de los inteligentes y de
los imbéciles, el mismo viento que mueve
las telas del lujo, para que dejen ver sus
valiosos reflejos, nuestra, levantando los
harapos, esos músculos formados por el
hambre, traslúcidos, y de un

color que se aproxima al que pinta la
putrefacción en la carne de los muertos;
contéplale en cualquier edad, en la
juventud ilusionada y en el entusiasmo,
llena de bríos y de fe, dichosa y
preocupada, y en la vejez, mortificante
hasta con los apetitos que la acompañan
sin el placer de su satisfacción; pues
bien: siempre verás lo mismo, siempre
igual.»

«Acá, un adolescente—la adolescencia que,
como es sabido, a veces prolonga su
duración, es el momento en que hacen
crisis los sentimientos que más dignifican
pero que menos duran—conviniendo, en
paciente expiación de su inesperienza,
un disimulado contrato de adquisición,
y oyendo de los labios que le saben más
dulces, la fría enunciación de las únicas
condiciones en que a la inocencia le es
dado ofrecerse: sus seducciones al precio
de un compromiso que se aprecia más que
el sentimiento que han causado; allá,
quien, con el cerbero de un perro, aunque
acaso sin su lealtad, humillando con los
desprecios que le facilita el uso de lo
superfluo al que por su pensamiento
explica por qué pisa el hombre el peldaño
más alto de la escala zoológica; hoy,
un hombre sabio, que ocupa la tribuna
para hablarnos convencido de que su
ciencia es lo más importante de la vida;
mañana, un hombre de fe llamando
honradamente blasfema a la razón, que
comprende y mide inocentemente; ora
un político que cree que se debe morir
por la patria ó por su partido, junto a
otro que cruza la vida utilizando aquellas
ideas para mejorar su suerte; de pronto,
uno que siente que no se debe padecer por
nada, aparece aconsejando el sacrificio,
seguido de aquel que piensa sinceramente
que tiene que sacrificarse, y que se atormenta
para la dicha futura de los que cree
delinquentes; el bruto, con la irresponsabilidad
de su inocencia; el inteligente, con la luz
de su razón; el bueno, con la vengativa
asechanza de los malos; el malo, con la
reprobación de los buenos; todos, todos
marchando insensatamente a la muerte
por el camino de la vida que, a su vez,
pasa por la época que la produce en la
tierra, con una celeridad espantosa para
el poseído por el feo vicio de la meditación,
y con la lentitud de una eternidad para
el que no la mide con la razón aplicada
a la verdad, única medida infalible de
que dispone el hombre al decir de sus
sabios.»

Suspiró lenta y conuulsivamente, y
continuó, hundida la mirada centelleante
en la semiobscuridad que le rodeaba,
y a veces repitiéndose sin advertirlo,
y a veces escuchándose espantado ante
la temeridad de sus propias ideas:

«Aquel que ríe se empuja, aquel que
llora, el que se enorgullece porque es
honrado, y quien se jacta de sus
maldades; todos, repito, absolutamente
todos, por igual, inevitablemente,
marchando con el mismo paso fatal
que no se interrumpe nunca, ni un
momento, y sobre todas las grandezas
y miserias humanas, el fin, el horrible
y espantoso fin, aproximase gradualmente,
y la muerte, potestad implacable,
aguarda la llegada definitiva del
enfriamiento mayor del mundo para
extender su dominio inexorable y
acabar con la existencia organizada de
este átomo que va volteando sin cesar
en el espacio, cargado con la vanidad
del hombre, que, entre todos sus
dolores, anda como a la caza de una
dicha que, constantemente lejos de él,
cuando piensa que se le acerca una vez,
desaparece, se le oculta

para siempre, y le deja frente a la tumba
para entregar la vida preguntando
«¿dónde está?»

«¿Qué son, pues, las distinciones de la
tierra? ¿qué significan los méritos y
deméritos sancionados por el hombre
para aplicación de su vanidad y por
preocupación de su insignificancia?
¿Para qué afanarse y padecer por las
supuestas grandezas de la humanidad
terrena? ¿A dónde llevan, en fin, las
mayores dignidades y honores creados
por el hombre para recompensar lo que
llama a la vez en diferentes partes de
su morada celeste, igualmente virtud,
belleza, bondad ó justicia, que vicio,
falsedad, maldad ó crimen?»

«Sólo a la muerte de todos: a
desaparecer en un plazo tan rápido en lo
que significa eternidad, que ni siquiera
dejará en parte ni época alguna,
noción de que existió él, el hombre,
ni sus instituciones y obras que
llamaba eternas.»

«Sí, tenéis razón vosotros los que
vivís sin reflexión. ¡Dichosos los
despreocupados que aman! pero, ¡desgraciados
los inocentes que se privan de la dicha
por venerar pacientemente las distintas
contradictorias condiciones que con
igual sincera convicción llaman virtud
los hombres en los diversos pueblos ó
naciones, ó por temor a los opuestos
procederes que parecen delincuencia a
los variados criterios que informan la
diferente moral de las edades sucesivas
de la humanidad. Desgraciados los que
sienten positivo respeto, ó tributan
homenaje mal intencionado, por creer
candorosamente que ganan algo en ello,
a las pobres convenciones humanas.»

«Piense cada pareja de amantes que
demora su dicha, que pasado apenas
breve rato formado por algunas porciones
insignificantes de la eternidad, denominadas
años, sólo serán dos mohosos montones
de huesos blancos, olvidados debajo de
una paletada de tierra, y que entonces
será tarde, sí, muy tarde para todo, que
ya entonces no habrá tiempo ni aun para
arrepentirse, por no haberse dado toda
la posible felicidad en la vida.»

«Entre tanto, siguen y siguen pasando
sin cesar, para siempre, eternamente,
todos cuantos forman esa multitud
informe que se aturde constantemente en
el triste espectáculo del inconsciente
cumplimiento de su destino miserable. Sí;
a pesar de cuanto se fatigan con sus
preocupaciones mundanas, siempre, al fin,
sólo son los pobres mortales, seres que
nacieron para sentir que se mueren.»

«Clérigos, civiles, militares; opulentos y
miserables; honrados y criminales; fanáticos
é impíos; jugadores y comerciantes; literatos
é industriales; malvados y buenos; dichosos
y desgraciados; todos, satisfechos en sus
fiestas, resignados en sus duelos, afigidos
ó alegres, corren desatentados tras de lo
que creen mejor, ¿hasta cuándo?»

«Sólo hasta que callen gradualmente,
pero para siempre, los latidos con que
palpita lo humano en este planeta, como
otro cualquiera de los infinitos casos que
realizan la universalización de la vida.»

Y ante la iluminada visión grotesca de
todo lo animado que tan repentinamente
se le aparecía en su más precisa integridad,
sintió de pronto un intenso acceso,
mezcla de lástima é hilaridad, que no
pudo contener, y estalló en una triste
carcajada irónica, que resonó como las
de antes, las del tiempo bueno, vibrando
entre todos los ruidos, soberbia y
despreciante por encima de todas las
cosas.

Sólo

VI

Como la fiebre no decrecía, el cerebro continuaba su labor frenética, y la razón alcanzaba todo. ¡Qué prodigiosa y extraña manera de percibir! Lo enseñaba todo y mejor que nunca: igual lo que está a la luz, que lo que está en las sombras; tanto lo que se muestra, como lo que se oculta; lo mismo aquello que se dice cuando se piensa, que lo que se piensa cuando se habla. Aumentó su curiosidad; quiso ver más, y pasado breve rato volvió a exclamar con acento más irónico aún que antes:

«Allá va la multitud, la rumorosa, activa humanidad pobladora de la Tierra, con su corazón y su cerebro, con sus nervios y su sangre, sintiendo y pensando, mediocridad entre espejismos, necedad que se admira; y marchando en ella, allá casi perdido entre los más respetados, va con fama de bueno aquel que hasta hoy he creído legítimo merecedor de mi mayor confianza y se decía mi mejor amigo, cuando solamente era así, tal cual lo veo ahora explicado por esta voz infalible que tanto rato hace no deja de decir de él junto a mi oído: «sin afectos... equidista de todo cuanto importa a los otros, y sólo le interesa lo que necesita para satisfacer su egoísmo, único móvil de sus actos en el mundo.»

Volvió a reír más ronca y nerviosamente que hasta entonces, y continuó, pronunciando lenta y trabajosamente cada palabra, como repitiendo una demostración que le repugnaba atender y le costaba alcanzar:

«¿Quiénes siguen tras de él en la anónima multitud que pasa llevando méritos entre desgracias, ó injusticias entre éxitos; que cruza mostrando a los menos conducidos por la razón, a los más por la irreflexión, a todos por el error?»

«Le siguen los que creíste convencidos de tus méritos, porque redactaron tu fama, quienes supusiste con fe en tu numen, porque le habían impuesto a la admiración pública. Pero, no piensan como escriben, no creen en el genio que te atribuyen ostensiblemente, cada cual por una conveniencia propia.»

Entonces, exaltándose de pronto como si llevado inconscientemente por la irritación de su ánimo al momento más mortificante de su raciocinio, al instante de la comprensión exacta del significado de la gloria y los afectos, no pudiera escapar a la influencia dolorosa del recuerdo que volvía en medio de su análisis a hacerle sentir, casi con la primera intensidad, la sensación ocasional de su disgusto, y desesperado intentara defenderse con la ficción de una duda en la adopción de una forma interrogativa, prorrumplió presa de violenta exasperación:

«¿Para qué, pues, merecer la gloria humana? ¿Importa, acaso, un corazón en estos días sólo una entraña que estorba cuando sienta?»

Y después, cual persuadido de que necesitaba convencerse de la verdad de lo que decía, como ultimando una suposición consoladora, una inducción suficiente para su dicha, concluyó casi en grito gutural, la expresión descompuesta, y el ademán extorsivo por el paroxismo de su tensión nerviosa:

«Pero, si la amistad respetada y la fama indestructible, pueden ser también solamente fruto de un ardid afortunado, ¿de quién es, pues, el mérito en la vida? ¿Acaso del amor?»

Dos golpes de nerviosa brevedad, aplicados delicadamente a la puerta de su habitación, le arrancaron bruscamente de su enojosa visión, le atrajeron a la realidad del momento y el medio en que vivía, recordó su desgracia, sintió que sufría, llevó su temblorosa mano por su arrugada frente, cual para quitar la fiebre que la quemaba, y automáticamente invitó a pasar al que llamaba.

Entonces, con asombro contempló, impávida ante sí, sin emoción y sonriente, a quien le había hecho sentir más en su existencia: la criatura que le había desesperado hasta aquel instante con una infidelidad apenas del día anterior, y que volvía con la esperanza de burlar otra vez toda vía una pasión que le era indiferente.

La vio caer de rodillas a sus plantas, llorar, pedir perdón, acariciarle, y llegó hasta ver la verdad: el propósito del engaño; pero aunque en un principio casi le ahogó la ira, haciendo estallar toda su violencia, lenta é inconscientemente; viendo, oyendo y sintiendo; fué encontrando molesta la percepción, antipática la verdad y embriagador el olvido. Empezó por callar, continuó mirando con ternura y concluyó por corresponder con los labios; por sentir y no hablar.

VII

Cuando al día siguiente, al abandonar el lecho en que descansaba su amante—acaso soñando con ausentes: en los sueños no interviene la voluntad—descorrió las pesadas cortinas de la ventana y llenó de luz de sol el revuelto y tibio dormitorio, ante la esplendidez con que se mostraba aquel día, intensamente azul y deslumbrante en el firmamento, y rumoroso y moviéndose por la fuerza de la vida en el suelo, cándidamente pensó en aprovechar con buen trabajo las horas de la mañana que tan hermosa empezaba, y dedicar la tarde al paseo, en compañía del amigo que le había mostrado la fiebre de su desesperación, y a la lectura de su última página ante los críticos que la defenderían con su prestigiada autoridad y con la fe de que él había dudado en su alucinación.

Y así, después de haber asistido, llevado por una hora de desgracia, al espectáculo de toda la verdad eterna, aquel hombre, arrastrado por el placer de una noche y por el aplauso de la sociedad, volvió a ser el mismo ciego feliz de antes del infortunio, que le llenó de escepticismo; uno de los tantos que poco antes, mal humorado, había contemplado, con lástima, cumpliendo inconscientemente su destino miserable. Pero, cuando ya sólo ante los últimos, más debilitados rastros del recuerdo de su fugaz percepción de la realidad suprema, acaso la creía una suposición equivocada, una alucinación febril, tal vez cuando veía una ficción en la clarividencia que había disfrutado, y se sentía satisfecho de su situación presente, murmuró en voz muy baja, casi con el estremecido balbucear del miedo, y como repitiendo automáticamente un eco muy lejano, de allá de la conciencia íntima:

«Si, ver siempre que se mira; ver la verdad en todo: he ahí la facultad más triste, la peor de las facultades.»

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA.

CUADROS HISTÓRICOS

ACCIÓN DEL PEDERNAL

A Carlos Martínez Vigil.

Corría el año 1863. Era un período turbulento para nuestro pueblo, despedazado, una vez más, por la guerra fratricida. Los ánimos enconados, las venganzas renacidas y los odios despiertos trajeron, como consecuencia fatal, al teatro de los trágicos sucesos, hechos heroicos, ignorados actualmente en su casi totalidad, tal vez por negligencia de los actores en aquellas luchas espartanas, dignas de ser descritas por la pluma de los grandes historiadores.

El rasgo típico, la condición primordial del hombre de aquella época, era el valor, el valor personal, el que se prueba en la lucha cuerpo a cuerpo, el único que daba títulos suficientes para ser jefe, para ser caudillo de las indisciplinadas y guerrilleras hordas gaúchas.

El grito revolucionario resuena de un ámbito al otro del país, conmueve la fibra partidista de la masa ciudadana, y sacude del letargo en que yacía al paisano, arrinconado en su rancho, sin más compañera que la *chusa*: el arma de los entreveros; sin otro recurso que el monte: la guarida silvestre; y sin otra esperanza que su flut: su compañero inseparable, lo mismo en la paz que en la guerra, lo mismo en las horas del trabajo que en los instantes aciagos del combate.

El primer caudillo revolucionario de importancia que se hizo sentir con fuerza armada el Departamento de Tacuarembó, fué entonces coronel don Gregorio Suárez, de estirpe guerrera, de figura arrogante, de físico atlético, de alma templada al calor de las grandes y épicas luchas; de carácter rígido y severo, propio del militar hecho en los campos de batalla, y cuyo nombre servía de tema a las conversaciones del gauchaje en las horas del campamento, y cuyas hazañas se comentaban en las trovas y en las décimas guerreras. Tipo que por sus múltiples y excepcionales condiciones de valor insuperable, pericia, audacia, temeridad y decisión, se imponía a sus contemporáneos, siendo prenda de victoria para sus parciales y el espanto y el terror de sus enemigos.

El coronel Timoteo Aparicio, su contrario, gaúcho de talla gigantea, lanza brava y hombre de gran significación en su bando por su bien adquirida fama de valeroso, era el que más tarde había de medir sus fuerzas en leal y abierto combate con su digno émulo y adversario.

El día 7 del mes de septiembre del año precitado, el coronel Suárez, después de una marcha de treinta leguas, llegó a la estancia denominada de *Aniñal*, Departamento de Tacuarembó.

Dicho establecimiento de campo ofrecía muchas comodidades. De los grandes galpones contiguos a la casa, se hizo uso inmediato para guarecer la gente de una lluvia torrencial, tan propia de ese período del año.

Acto continuo, se dió orden de carnear algunas reses; la *milicada* se puso a la faena: mientras unos desollaban, el resto hacía los grandes fogones, tarea que fué breve por la abundancia de leña que había «en las casas».

El tiempo, tenaz en su lluvia copiosa, imposibilitaba la marcha.

Pasaron algunas horas del día; dieron las 3 de la tarde, y de la costa de Cardozo en dirección a la estancia, vióse venir un *chasque*. Llegó. Declaró llamarse Pedro Gau; preguntó por el coronel Suárez; fué llevado a su presencia, y sostuvo con aquel jefe el siguiente diálogo:—Coronel: vengo a avisarle que ahí viene Aparicio a sorprenderlo.—¿Quién eres, preguntó Suárez.—Soy hijo de fulana, y ella me ha puesto esta divisa, y me manda a que le avise.—¿En qué altura lo dejaste? repite Suárez.—En la *Isla de la Ternera*.—¿Cómo has venido de allí?—A media rienda.—¿Es decir, que ellos vendrán dos leguas más ó menos? Afirmativa fué la respuesta del interpelado. Las circunstancias exigían una resolución pronta, inmediata y enérgica; la expectativa era alarmante y precursora de un grave acontecimiento; el enemigo avanzaba con acelerado empuje, y el paraje no era aparente para el encuentro.

Los hombres de acción de aquellas épocas daban muy poca importancia a las ventajas obtenidas por los parapetos en el arte de la guerra y a las reglas de la fortificación. Las sustituían por la práctica de la lucha en campo raso, estrategia que habían aprendido hábilmente de los primeros caudillos; de aquellos que para vencer a los aguerridos ejércitos españoles y portugueses, no necesitaban más que el pecho de sus pingos y las puntas de sus lanzas, únicos medios que conocían y que empleaban en las sangrientas disputas de las contiendas armadas.

El coronel Suárez ordena a su clarín que toque a *ensillar*; su gente, obedece a la orden con celeridad; suena una nueva clarinada, que indica la marcha; ella se efectúa ordenada y sigilosamente, simulando el rumbo que los conduciría al *Paso de Cohnán*, del Arroyo Malo, como medio de distraer la persecución y despistar al enemigo.

Apenas puesto en guardia de sus perseguidores, cobijado por las sinuosidades del terreno y el manto de la noche, cambió de dirección hasta llegar a la *estancia del Pedernal*, tres leguas de la de Aníbal, y situada a algunas cuadras del cerro que le da nombre, punto donde hizo alto, a fin de darle algún descanso a sus soldados.

El coronel Aparicio, con esa astucia innata del paisano, conocedor palmo a palmo del terreno que pisaba, siguió el rastro de su contrincante.

No había que perder tiempo, para él. La sorpresa y el triunfo eran un hecho, dados los medios seguidos, la superioridad numérica de su tropa y la selección que había hecho de la mejor gente de la División Florida. 600 veteranos, según cálculos aproximados, seguían las banderas de Aparicio; apenas 200 hombres, en su mayoría bisoños, estaban bajo las órdenes de Suárez.

Los deseos de Aparicio por darle alcan-

ce, eran marcadísimos; así lo demuestran las palabras que le dirigió al capataz de la estancia, después de haber hecho una simple espera.—Ensille y lléveme al cerro del Pedernal; es probable que allí esté acampado Suárez, por ser el único paraje en que puede encontrar abrigo para su gente, buen pasto para la caballada y un terreno seco donde poder campar un rato.

El *Pedernal* es un cerro que se destaca en medio de una serie de colinas pedregosas, cercadas por valles de vegetación exuberante y cruzadas en varias direcciones por un sistema de corrientes líquidas, nacidas en las próximas serranías.

El drama sangriento se iba a producir. El coronel Aparicio, acampado en la falda del cerro, con esa despreocupación de la parte ofensora cuando se tiene la certidumbre de la superioridad numérica, no descubrió al adversario que se encontraba del otro lado de la cuchilla, sin advertir el peligro cercano.

Reflejos coloreados de un crepúsculo primaveral anunciaban la aurora del nuevo día, y con los primeros rayos del Sol, muévese simultáneamente ambas descubiertas, que no tardaron en reconocerse con un saludo bélico de pistoletazos.

El coronel Aparicio hace un despliegue en batalla y lleva con indómita bravura una destructora y arrolladora carga con su caballería, que, a media rienda y lanza en ristre, se desliza, como una ola de destrucción, al toque de *deguello*, vibrante en las notas metálicas del clarín.

Suárez pone su fuerza en retirada, por la notable desproporción de los combatientes; deja a retaguardia al mayor Algañarás con un pequeño escuadrón de su mando, y él, con la fiera del león, con la cabeza erguida y el rostro encendido de coraje, dándose estricta cuenta de la situación angustiosa en que sus subalternos entraban, hace un esfuerzo sobrehumano; arenga a sus valientes con voz fuerte y arrogante, de *media vuelta y pie a tierra!* y se adelanta para estrellarse personalmente contra su enemigo, en medio de aquel entrevero de fieras humanas. Suárez recibe un lanzazo por la espalda, que le atraviesa el pecho; pocos segundos pasan, y otro le atraviesa el brazo, interesando el tórax; un tercero le abre el vientre; un trabuazo le cubre de *cortados*, y, a pesar de ello, con entereza increíble, sale blandiendo el acero que empuñaba, teñido en rojo con la sangre del adversario. Así domina la situación, siendo una muralla humana contra la que inútilmente el enemigo se estrella.

Aparicio con sus bravos inicia una nueva carga, a la que contesta Suárez avanzando terreno y doblando al enemigo hasta una distancia de mil quinientos metros próximamente fuera del campo, donde hicieron alto por la imposibilidad de seguir el ataque, en atención a los pocos elementos disponibles y a la presencia de un escuadrón enemigo, formado a distancia de dos kilómetros, más ó menos, en actitud de cargar.

Dueño Suárez del campo de batalla, esperó la resolución que tomaba el enemigo. Aparicio regresa después de llevar a cabo una persecución a una parte de la fuer-

za de Suárez, que había abandonado el campo después del primer empuje. No se atreve a un nuevo lance. Suspende la hostilidad con un *pie a tierra!* para enseguida retirarse.

La acción de guerra había terminado. Sólo quedaba el cuadro aterrador de los despojos humanos, en el campo de pelea.

El mayor Apolinario Vera, los oficiales Agustín Freneroso, Corralo Mas y el arrojado Suárez, eran testimonios vivientes del lance desesperado que había precedido a aquel triste y fúnebre espectáculo.

Suárez, acribillado su cuerpo con *veintidós* heridas, se conserva en pie con una resistencia increíble, y se dirige a sus soldados,—que lo contemplaban asombrados,—para expresarse en los siguientes términos:—Voy a marchar un par de leguas con objeto de hacerme vendar las heridas. Quedan a órdenes del mayor Juan Rodríguez. No tengan temor, porque el enemigo, con la lección recibida, no los vuelve a cargar. Reúnan la caballada, monten los infantes sin dejar ningún hombre, y al marchar conserven sus respectivas distancias para mostrar al enemigo mayor número de los que en realidad son. Concluyó sus indicaciones llamando los heridos para llevarlos con él, y marchó despidiéndose de su gente con un *¡hasta un rato!*

El mayor Rodríguez cumple la orden de su jefe y dispone la colocación de una guerrilla a retaguardia, con encargo de participar cualquier novedad que ocurriese.

Después de una jornada, llegan a la estancia del general Neto, donde encuentran a Suárez dentro de un carretón que le servía de lecho. Aquellos bravos resuelven no abandonar a su jefe, y se deciden escoltarlo hasta ponerlo a salvo de cualquier tentativa; para ello juran morir a su lado, antes de que fuera víctima de un ataque. Siguen hacia la frontera, con breves descansos en la travesía. La noche los toma en la Sierra de los Tambores, y en medio de una marcha forzada se le reagranan las heridas al caudillo revolucionario. Todo lo vence la disposición pronta de sus subalternos. Son hombres hechos al infortunio, y tan prestos para el sacrificio como humanitarios y ser-viciales.

Con un par de *tijeras*, extraídas de una *tapera*, que por una coincidencia había sido cuna de una familia de luchadores, improvisan un catre.

Las varas, un *maneador* y el colchón que traía el carro, fué de lo que dispusieron para su preparación. Allí lo colocan, y en los brazos de seis de sus soldados, que marchan relevándose cada cien metros, es conducido. Todos se impusieron como un deber sagrado hacer el trayecto a pie, y sólo unos pocos venían montados, con el propósito de arrear la caballada.

En este orden llegaron al Brasil, a casa del coronel Jerónimo Jacinto;—allí alojaron a su jefe, y contramarcharon hasta pasar a territorio Oriental, en donde esperaron su restablecimiento.

La leyenda se apoderó del hecho para afirmar que los dos jefes enemigos se midieron en lance personal. Hoy queda triun-

fante la verdad histórica, y aun sobreviven algunos actores que confirman lo que queda narrado someramente.

No debo terminar este trabajo sin agradecer sus informaciones al antiguo servidor, coronel don José María Mas, entonces teniente primero y oficial de confianza de Suárez, lo mismo que al general Casimiro García y coronel Adolfo Pérez, soldados que fueron protagonistas en esa acción y cuyo rol patentiza lo antiguo y meritorio de sus servicios.

Mi última palabra es que estos episodios sirvan de ejemplo a la juventud militar, y que la estimulen al cumplimiento estricto del deber personalidades y heroísmos que la sirvan de modelo, para hacer posible el triunfo institucional de la República dentro del orden, del derecho y de la libertad.

JOSÉ LUCIANO MARTÍNEZ.

Conferencia sobre la neutralidad

(Conclusión)

He bosquejado á pinceladas demasiado amplias para dejar sedimento de reflexivas enseñanzas, si bien sé que me dirijo á un auditorio preparado, la historia evolutiva del principio de neutralidad; he tratado de encadenar los sucesos, de deducir progresos positivos de su desarrollo, y de encontrar su clave reveladora en el desorden de las edades; me he preocupado de seguir una huella, muchas veces perdida; una ruta á menudo invisible, la estela irregular de un asteroide, cuya trayectoria, sujeta á influencias extrañas, sufre singulares aberraciones, producidas por costumbres, civilizaciones diversas y estupendos anacronismos. Y ahora, conocidos á vuelo de pájaro esos antecedentes ilustrativos, es el caso de que preguntemos: ¿Ha progresado visiblemente el derecho público en lo que se refiere á la neutralidad?

La más elocuente y hermosa de las respuestas la tenemos en esa misma mirada retrospectiva. Sí; el derecho de neutralidad se ha perfeccionado hasta el punto de poderse apreciar en su acepción actual, como engendro propio de los tiempos modernos. No merecen ni el calificativo de prolegómenos ó preliminares aquellas nebulosidades primeras de la antigua Grecia ó del Imperio Romano, cuando se las compara á sus espléndidas derivaciones del presente. El progreso paulatino del principio de neutralidad, se confunde con el de las instituciones, se identifica con el de las sociedades, porque también nació al conjuro de la civilización.

Negar el crecimiento y prosperidades de aquello, es negar las prosperidades y el crecimiento de esto. Pero á nuestro entender, por la misma razón de haberse perfeccionado, ya no caben dentro de la acepción honrada de este principio las elasticidades y reticencias que la escuela de Wheaton admite, empeñada en proclamar que *un neutral puede ser obligado por tratado anterior á la guerra; á apoyar la causa de un*

beligerante con recursos, sin que el cumplimiento de esa obligación, pueda lastimar su neutralidad. No; concediendo mucho, podrá justificarse esta violencia invocando la autoridad de leyes convencionales y transitorias, de esas mañosas leyes condensadas en los códigos del día, siempre prontas á suministrar argucias y reflejar justicia convincente, cualquiera sea la interpretación dada; pero, juzgados tales procederés á la luz pura é invariable del derecho político, del derecho natural que rechaza la curva y no quiere medias tintas, bien pueden ellos, ser calificado de inmorales y atentatorios. Precisamente el concepto jurídico de la idea de neutralidad es uno como la moral, como es una la conciencia; y buscar atenuaciones para quienes lesionan su integridad científica, es provocar, abriendo la puerta á graves abusos, el desmoronamiento de algo tan trabajosamente completado. Los tratados anteriores me obligan: debo cumplimiento sagrado á mi palabra empeñada. Argumentando así, se eluden las responsabilidades y quítase carácter provechoso á los grandes escarmientos históricos. Argumentando así, buscando en los motivos de consecuencia amistosa, motivos de justificación, no estarían teñidas con celajes odiosos las invasiones solapadas, los avances arbitrarios del fuerte sobre el débil, los desconocimientos impunes del principio de neutralidad. Gracias á Dios, gracias al empuje incontrastable de las ideas y de las modernas sinceridades, ya no rigen las relaciones internacionales de los Estados, propósitos de alevosía y acentuadas infidencias.

Ni el *fac et excusa*, ni el *si fecisti nega*, ni el *divide et impera*, de Kant, ninguno de esos insidiosos postulados, partes integrantes de una trilogía florentina que, según el filósofo idealista primaban en su tiempo, tiene hoy legítima aceptación.

Si esta conferencia no fuera un trabajo de simple síntesis, ahora, conocida ya la evolución del principio de neutralidad, su adaptación á los pueblos según su mayor ó menor adelanto y las circunstancias del medio, debiéramos de volver al punto de partida, para tomar camino distinto—pero que también nos llevaría á Roma,—y estudiar la opinión autorizada de los grandes maestros en asunto tan trascendental. Inquirir su linaje jurídico, al calor de superiores fulguraciones, con Grotius, Savigny y Schöpfer, ó acortar el vuelo, en el mismo empeño, para tocar la tierra en la indagación de verdades hermosamente científicas, con el utilitario Bentham. Pero el tiempo urge, esa tarea requiere fuerzas de gigante, y yo soy un pigmeo, atado á la roca de mi ignorancia en materia de tan elevada prosapia. Así, pues, sólo diré que luego de haber sufrido infinitas depuraciones, que han seguido marcha paralela con el desarrollo tumultuoso de los acontecimientos humanos, porque la ropa se conforma al cuerpo del individuo, sean los que fueren sus defectos físicos,—la noción teórica del principio de neutralidad se concreta en términos tan claros, cuanto clara y rígida va siendo su interpretación en este fin de siglo, conmovido con creciente energía, por recias turbulencias sociales.

Defino, en consecuencia, la neutralidad con las palabras correctas y concisas del suizo Schöpfer, insigne internacionalista contemporáneo: *la neutralidad consiste para los beligerantes y para los neutros, en adoptar todas las medidas indicadas por las circunstancias, á fin de impedir que el campo de la guerra salga de los territorios de los beligerantes.*

Con una consideración final importante, cierro el terreno incommensurable de las generalidades, antes de abordar el análisis de nuestra política neutral. En tiempos anteriores, la neutralidad era contractual, es decir, que para respetarse, requería previo acuerdo entre las partes interesadas. En la actualidad, ella es condición normal de la vida solidaria de los Estados: se presume cuando no existen antecedentes en contrario.

Con verdadero interés, aunque escasos de erudición, abrimos esta segunda parte de nuestra conferencia. Intentaremos, pues, apreciar la significación que en los cuatro palmos de tierra gloriosa abrazados por el Uruguay, ha tenido el principio de neutralidad, cuya práctica honrada y severa ha debido ser antes y debiera ser siempre, imperativa, si queremos consolidar preciosas aspiraciones patrióticas y orientarnos hacia la constelación del porvenir.

La América del Sur también tiene su Suiza batalladora y altanera en la República Oriental del Uruguay, con la desventajosa diferencia que esta última, ha soportado el despotismo de muchos Gesler y sólo tiene un Guillermo Tell, en la personalidad cada día más imponente del gallardo gaúcho Artigas.

Pero la situación internacional de nuestra nacionalidad ha sido, durante una niñez preñada de cruentas penas, mucho más precaria que la de Helvecia. Comprimida entre dos poderosas naciones ha recibido, en los días fugitivos de prosperidad, agasajo de sus hábiles vecinos; pero, hiel, mucha hiel, rencores, odios, ambiciones negras y hasta el hisopo empapado en vinagre de la crucifixión, en las horas largas y trágicas de sus lamentables decadencias domésticas.

Suiza fué en todo tiempo hija favorita del continente europeo. Mimada y distinguida en los congresos de la vieja diplomacia, que nunca tuvieron garras para ella, como si la memoria de los esfuerzos gigantescos acumulados en pro de la libertad local fuera su mayor atalaya, ante el concierto de las naciones civilizadas. La República Oriental ha sido en todo tiempo, hijastra del Imperio del Brasil y á veces también de la República Argentina: vapuleada sin lástima en cualquier circunstancia aprovechable. Por muchos lustros esos vecinos encontraron oportunidad para intervenir en nuestros asuntos privados. Díganlo sino con la elocuencia abrumadora, que arranca del atentado, la misión al Janeiro de don Manuel José García en 1827; las innobles exigencias formuladas en 1851; los, no menores avances que precedieron á esta fecha, durante la malhadada Guerra Grande; las vituperables maquinaciones

de 1865, que concluyeron en errores amargos, todavía no bastante purgados.

Por otra parte, una simple mirada dirigida al mapa de este continente, nos convencerá, al establecer paralelo entre la extensión territorial de sus Estados, de nuestra evidente pequeñez geográfica, de nuestra difícil capacidad con respecto á la fuerza enorme de dos vecinos poderosos, aliados antes de ahora, en propósitos de reivindicación común, para poner á raya sus embates guerreros.

No tenemos, como ocurre con Chile, denominado por el doctor Roque Sáenz Peña, «un silbido del océano Pacífico,» el parapeto formidable, por el flanco terrestre, de una cordillera que sólo el libertador San Martín pudo escalar, y esto, por que inició su empresa en alas de la gloria. Ni nos parecemos á Suiza—en este concepto—empotrada, con instituciones singulares y costumbres propias, entre un laberinto de contrafuertes montañosos. Á nuestra patria le falta el antemural, precioso para las pequeñas nacionalidades, de imponentes fronteras naturales, que sirvan de garantía y de escudo á su estabilidad como pueblo libre.

No tenemos, como sucede á la mayoría de los países del Universo, vecindad variada, repartida entre distintas potencias que, animadas acaso, de intentos voraces, se detienen naturalmente en sus apetitos absorbentes. Pero sí tenemos, para nuestra desventura, por una parte, fronteras divisorias dilatadas, de creación muchas veces arbitraria, que nos separan y nos atan á la vez á dos potencias impulsadas por fogosidades de razas diferentes, á la elaboración de intereses de conquistarse la preponderancia sud-americana en el orden internacional; sí tenemos ó hemos tenido, disputándose encarnizadamente el triunfo, á dos grandes agrupaciones tradicionales, que, para proseguir sus luchas desquiciadoras, recibieron más de una vez, alientos envenenados del exterior; sí hemos tenido y tenemos engranaje político descompuesto; asimilación difícil y defectuosa de elementos inmigrantes aventureros; expatriación dolorosa de millares de compatriotas que trillan, como los hijos de Judá el camino sin sol de un injusto éxodo, culpables de acariciar amplios ideales reivindicatorios; sí tenemos el dominio funesto de fracción; sí tenemos quienes olvidan la bendita y bendecida fórmula de fraternidad exaltada cuando la paz de Octubre por don Manuel Herrera y Obes; sí tenemos, en una palabra, y á pesar del rudo aprendizaje sufrido, muchos enemigos dentro de nosotros mismos.

Esta enunciación parcial de las gangrenas que muerden el alma de la patria, no puede sospecharse de inoportuna en el caso presente.

El conjunto de las unidades integra las centenas; de voces independientes *confederadas*, se componen las palabras. Pues bien, múltiples motivos, internos unos, exteriores otros, bosquejan el carácter de nuestra fisonomía internacional. Todos esos antecedentes de flaqueza, al acentuar sensibles desfloramientos, comprometen hasta cierto punto, el colorido de nuestra actitud externa. De ahí, que esa anemia á cuya extinción nin-

guno debe negarse, pudiera hacer necesaria, en circunstancias de conflictos continentales, una neutralización más ó menos resuelta. Olvidaba mencionar un importante suceso histórico que ha entorpecido en distintas épocas el mantenimiento de nuestra neutralidad. Me refiero al secular litigio de límites entre España y Portugal, el cual jamás solucionado definitivamente, gracias á las imperdonables incongruencias y debilidades de la diplomacia metropolitana, fué origen de violaciones territoriales del peor género.

XII

Revistando las páginas primeras de nuestros anales soberanos, tropezamos con algunos de los precitados antecedentes que actuando, ya amenazadores,—la voracidad imperial, entre otros,—hicieron química la efectividad de nuestros empeños neutrales.

El Brasil, buscaba febriciente, cómoda y estratégica cabecera en la margen oriental del inmenso río. Para llegar á ese fin no se paraba en escrúpulos. Cumplido este anhelo, tan persistente cuanto irrealizable, las ciudades de la Colonia y Maldonado serían los broches opulentos de un collar magnífico que luciría en su centro, á mérito de trofeo glorioso, á Montevideo cautivo, emporio y centinela de vanguardia de la fortuna intrusa.

Ya en 1811, cuando el templado caudillo de estas espléndidas comarcas ponía en gravísimos apuros al atrabiliario don Francisco Javier Elío sitiando á la capital colonial, incapaz de romper con su erizado cinturón de cañones absolutistas el círculo de hierro y de nativa pereza que formaban á su alrededor los soldados de la patria; ya entonces, á pretexto de pretar auxilio, fuera de duda, impropio de un inseguro poder hispano, invadía nuestro territorio, sin mayor preámbulo, un aguerrido ejército portugués.

En 1826, incitados por la alevosa política del Ministro Tagle, consentida por el Director Supremo Pueyrredón, los portugueses invadían de nuevo, animados de propósitos evidentemente anexionistas, el desgarrado suelo de la Banda Oriental. Fué en esas circunstancias que Artigas, hijo de donado de nuestras selvas, engendró heroico y soberbio de nuestro terruño inconsistente, defendió palmo á palmo, la integridad de la desventurada tierra natal, donde el fervoroso caudillo meciera su niñez, deslizará su juventud el hombre de trabajo que conocía la campaña tan bien como el corazón de sus hermanos de cuna, y surgiera altivo, clemente, desesperado, el inolvidable jefe de los blandengues orientales.

Los campos del Catalán evocan recuerdos legendarios, que dan severo mentís, á algún metafórico anatema lanzado contra el nativo varón.

El 18 de julio de 1830, se juró nuestra carta orgánica de pueblo libre, que alejaba los pretextos de intervención airada. Sin embargo, hasta tiempos muy modernos, el desconocimiento de la neutralidad uruguaya, la burla odiosa á los deberes más elementales de buena relación, han sido permanentes por parte de nuestros ambiciosos ve-

cinos. A río revuelto, ganancia de pescadores. Y enconar solapadamente á la familia hermana en sus disensiones fratricidas, para ahondar el cisma mortal y obtener ventajas varsovianas, ofrecer hoy á uno, á fin de quitarle mañana á otro, ha sido la historia exterior de cuarenta años de consecutivas desgracias internacionales.

Hasta aquí había llegado la parte escrita de mi conferencia el último día de clase. Diversos motivos, de indudable significación, me inducen á poner en este punto, término al trabajo que llevo entre manos. No es, por cierto, de los menos atendibles la intervención directa que cupo á personas de mi estrecha sangre en las negociaciones. Por lo demás, el tiempo nos apura, y estas cuestiones trascendentales y de suyo delicadas, exigen minuciosidad atinada para ser estudiadas con éxito positivo; finalmente consideraría pecar de poco noble si entrara en un orden de radicales elogios, en mi concepto perfectamente justiciero, pero quizá no tan absolutos para otros compañeros de aula, cuando el señor catedrático ha manifestado que no juzga conveniente pisar ese terreno todavía movedido, y que si bien yo estoy habilitado,—dada mi condición de conferenciante—á hacer la crítica que quiera del pasado de la República en sus fases internacionales, no sería discreto estimular idénticas jornadas retrospectivas y vidriosas en el resto de mis condiscípulos.

Acepto esas razones oportunas, y, por lo tanto, como la proximidad de los exámenes nos pone delante de los ojos el temido banquillo de las pruebas universitarias, creo procedente no detenerme á analizar las gestiones diplomáticas iniciadas con verdadera energía, antes de producirse la invasión de tropas brasileñas en el año 1865; ni exponer los honrosos antecedentes—decretos de Juan Carlos Gómez y otros—que nos permiten declarar que la República Oriental del Uruguay ha sido el país más liberal y adelantado de la América en lo referente á libertad de los ríos; ni tachar como se impone, las insidias hipócritas de la corte de San Cristóbal; ni hablar de la flagrante usurpación que para nosotros entraña el arbitrario despojo realizado por la nación argentina de la isla de Martín García, que siempre debió de haber sido nuestra de hecho y de derecho; ni criticar con indudable fundamento, á los últimos gobiernos del país, bastante distraídos para no haber sabido aprovechar la brillante coyuntura que á la decorosa solución de nuestras diferencias con el Brasil, ofreció esa interminable guerra civil de Río Grande; ni exhibir en su carácter más que poco equitativo, ilegal y monstruoso, el asunto de la laguna Merim que con su afluente el río Yaguarón, no puede ser navegada por buques con bandera oriental. Todo lo señalado, y mucho más que reviste interés, queda por decir. Sólo agregaré, que la neutralidad oriental con hermosas y enaltecidas vinculaciones continentales, será efectiva, cuando renazca la actividad laboriosa, digna y detenida de nuestra cancillería; cuando se estudie muy por encima á prevenciones de bando, la índole de nuestros viejos tratados; cuando se armonice—lo que no ocurre hoy

—la gestión patriótica de los asuntos públicos interiores y exteriores.

Y para llegar á esa realidad tan seductora, sigamos al pie de la letra el sensato consejo contenido en un artículo de polémica publicado en *La Nación* de 1859, con motivo de discutir este diario con *La Tribuna*, redactada por Diógenes Urquiza y otros argentinos de renombre, la bondad de los tratados concluidos con el Brasil.

«Á corregir, decíase entonces y repetimos nosotros ahora—nuestras desgracias, no con vocinglería que aturde y no da el resultado que se busca; no con criminales excitaciones á una preciosa susceptibilidad nacional que debemos conservar pura; no con despertar lo que tan fácilmente se obtiene de este noble pueblo, el peligroso exceso de odios á los unos y el no menos peligroso exceso de odios á los otros; pero sí, con ilustración en los que mandan, con patriotismo puro de toda pasión, con alta inteligencia, para que no se sorprenda la fatigada buena fe de los orientales patriotas.»
Y este párrafo que lleva el sello maduro de cuarenta años de edad, encierra todavía todo un programa y toda una promesa de porvenir!

LUIS ALBERTO DE HERRERA.

EN UN ÁLBUM

El crepúsculo había tendido su pardo manto sobre la tierra. Sólo allá en el horizonte, por donde el Sol se había ocultado, encendíanse las nubes adquiriendo un color rojizo.

Las inmensas llamas, coronadas por negros penachos y diademas de chispas, lamían el velo azul del cielo, y mil titilaciones luminosas, mil destellos coloreados, mil vibraciones aéreas cruzaban el espacio.

De pronto aquellas llamaradas comenzaron á girar pausadamente, envolviéndose á sí mismas, cual una inmensa tela de araña irisada, juguete de un torbellino.

Luego aquella nube de gases impalpables, fuése condensando poco á poco, hasta formar un punto luminoso, una hermosa estrella, rubia, muy rubia, linda, muy linda, pura, muy pura, que en la noche del cielo brillaba con vívidos fulgores, serena y solitaria.

Habías nacido tú.

OTTO MIGUEL CIONE.

SUETTOS

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Hemos recibido por primera vez las siguientes:

El Magisterio, de Melo—Revista pedagógica que acaba de aparecer bajo la dirección de don Esteban O. Vieira y cuyos dos primeros números abonan en favor de su importancia y seriedad.

—*Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Buenos Aires. Esta acreditada publicación, una de las más antiguas entre las revistas científicas y literarias del Río de la Plata, aparece actualmente bajo la dirección del Ingeniero don Francisco Seguí. Los números 7, 8 y 9 del tomo XIII vienen llenos de interesante material.

—*Revista del Progreso*, de San Salvador (Centro-América). Dirige esta importante publicación mensual el Dr. don Alberto Luna, á quien acompañan, como colaboradores, literatos distinguidos de Centro-América, entre los que se cuentan los notables filólogos Barberena y Gagini.

El reputado literato colombiano Rivas Groot, de quien se inserta en el presente número de la REVISTA una hermosa composición poética, se propone obtener para nuestra publicación el concurso valioso de algunos de los más distinguidos escritores y poetas de la culta é inteligente República de Colombia.

Nuestro distinguido colaborador Eduardo Ferreira, en compañía de su colega en la redacción de *La Tribuna Popular* Juan Carlos Moratorio, se dispone á dar á la publicidad dentro de breve plazo una obra literaria que por su tema, la manera como él estará desarrollado y las condiciones materiales en que verá la luz, despertará indudablemente vivo interés.

Se trata de una colección de semblanzas de todas aquellas personalidades que, lo mismo en el cultivo de la literatura que en el de la ciencia ó el arte, y así en el seno de las generaciones que han pasado de la juventud como en el de las que hacen sus primeras armas, algo representan y significan en la vida intelectual de la República.

En las semblanzas se procurará la precisión, la exactitud, la serenidad de criterio, la abundancia de datos, necesarias para comunicarles el carácter de una verdadera crítica y una verdadera reseña de nuestra actividad literaria, artística y científica.

El primer tomo de la colección comprenderá las semblanzas de escritores, oradores y poetas, el segundo las de artistas, el tercero las de jurisconsultos, el cuarto las de hombres de ciencia, etc.

Dornaleche y Reyes serán los editores de la obra y ella aparecerá en la más selecta forma tipográfica, ilustrada con hermosos retratos fototípicos.

Auguramos el éxito más lisonjero á la proyectada colección.

Almas y Cerebros es el título de una serie de cuentos psicológicos que publicará próximamente en París, por la casa Garnier, nuestro colaborador Enrique Gómez Carrillo.

Llevará un prólogo del insigne crítico español don Juan Valera.

Impidiéndonos la falta de espacio dedicar una reseña bibliográfica más extensa á las numerosas publicaciones de que debemos acusar recibo, nos limitaremos por hoy á citar las que hace mayor tiempo que llegaron á nuestra mesa de Redacción, dando una breve idea de la índole de cada una, sin perjuicio de consagrar en otra ocasión más detenido examen á aquellas que por un motivo ú otro lo merezcan.

—De Buenos Aires hemos recibido la novela del señor don Isaac R. Pearson intitulada *¡Patria!* Inspirada esta obra en sentimientos patrióticos, y tendente á mantener vivos el recuerdo y la gloria de los tiempos heroicos de la Independencia en el espíritu de las generaciones actuales, que no se caracterizan por su decidido amor á las tradiciones que son honra de las que les precedieron, merece una palabra de estímulo, cuya justicia se acrecienta por el mérito literario de ciertos pasajes.

—Al conocido publicista chileno don Pedro Pablo Figueroa agradecemos la remisión del nuevo opúsculo de que es autor y que contiene un estudio de la personalidad literaria de nuestro compatriota el señor Eduardo Acevedo Díaz. Acompaña al folleto el retrato de este novelista nacional, á quien se juzga tan detenida como elogiosamente.

—El distinguido poeta Enrique López Albújar, ya ventajosamente conocido por los lectores de la REVISTA, nos envía de Lima un ejemplar de la obra *Miniaturas*, en la que ha colaborado. Constituye este libro una colección de semblanzas, elegantemente trazadas, de algunas de las más distinguidas señoritas de la sociedad limeña, cuyos retratos adornan el bien impreso volumen.

—Oportunamente llegó á nuestro poder el «número único» que con el título de *Carlos Gomes* dedicaron los residentes brasileños en esta capital á honrar la memoria de su esclarecido compatriota. Contiene pensamientos y composiciones poéticas de autores conocidos.

—*Primitivo*, de Reyles, ha sido ya tomado en consideración, en las páginas de la REVISTA, por dos de nuestros colaboradores. Nos limitamos, pues, á agradecer el obsequio del ejemplar que nos envió el autor, á quien felicitamos por la excelente acogida que ha sido dispensada á *Primitivo*, esperando con verdadero interés la aparición de la segunda de las narraciones breves que han de completar la serie iniciada por la que motiva esta nota.

—El señor José Figueredo es autor de una nueva *Planilla* de reducción de las medidas antiguas á las métricas, dispuesta en forma aparente para facilitar y abreviar las consultas. Le agradecemos su envío.

—De Andrés A. Mata, uno de los jóvenes poetas venezolanos de más estro y originalidad, hemos recibido la colección de composiciones líricas intitulada *Pemélicas*.

Próximamente se le dedicará por uno de nuestros redactores el examen detenido que merecen.